

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — TOMO XXXVIII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 30. — N° 965.

Administración general y Redacción: Passage Saunier, número 4, en París.

SUMARIO.

La Alsacia de los prusianos: Emigración á Francia de los muchachos alsacianos; grabado. — Los hombres de la Com-

mune. — El aniversario del pontificado de Pío IX en Madrid; grabado. — Correspondencia de Alsacia; grabados. — Explosión de la cartucheria de Vincennes; grabado. — Revista de París. — Poesía: La mujer. — El regalo de boda. — Llegada de un tren de prisioneros procedente de Alemania;

grabado. — Estado actual del fuerte de Issy; grabado. — Bernabé Rudge, novela escrita en inglés por Carlos Dickens. — Las ruinas de París; grabados. — Historia natural: El lenguaje de los animales. — El orgullo de un hombre. — Aspecto interior del Granero de Abundancia; grabado.



LA ALSACIA DE LOS PRUSIANOS. — Emigración á Francia de los muchachos alsacianos.

Los Hombres de la Commune.

(Continuacion.)

X.

ASSI,

PRESIDENTE DEL COMITÉ CENTRAL.

Assi era fundidor de metales, pues todos los jefes de la Internacional tienen un oficio, que es un título para con la clase obrera. En 1866 era sargento furrier en Bolognia. Al finalizar un trimestre, las cuentas no fueron muy claras y el sargento desapareció; Assi pasó a Inglaterra y luego a Suiza, donde permaneció dos años; después volvió a Londres y Karl Marx hizo de él un ardiente propagador de las ideas comunales.

Vuelto a Francia con la amnistía de 1869, se estableció en el Creuzot, donde supo aprovechar hábilmente los gérmenes de descontento que existían entre los obreros y el amo, propagó las doctrinas de la Internacional, é hizo estallar la famosa huelga de que ya tienen noticia nuestros lectores, una de las mayores que se han conocido.

Escapó a las pesquisas de la justicia y apareció por un momento en la huelga obrera de Auzin; el misterio que rodeaba este hombre, tan joven aun, y su aparición súbita en una segunda huelga, le dieron cierto nombre y la opinión pública le señaló como mezclado en todos los movimientos que luego acaecieron, aunque se había refugiado tiempo hacia en Inglaterra.

Después de las batallas de Reichshoffen y Forbach, el comité central de Londres vió vacilar el imperio y mandó numerosos emisarios a París, entre los que se hallaba Assi, pero no tomó parte alguna en la revolución del 4 de setiembre y con la autorización del gobierno de la defensa nacional, se ocupó en reorganizar las secciones de la Internacional.

Assi, aunque oficial de la guardia nacional, jugó un papel muy secundario en el golpe de mano del 31 de octubre y no fué inquietado. El 22 de enero, advertido de la escaramuza que intentaron algunos internacionales aislados, se encontró en la plaza del Hotel de Villa, pero de paisano y sin salir de una prudente reserva.

Hacia esta época fué cuando el comité de la guardia nacional, nombrado el 7 de diciembre, con el único fin de resistir a los prusianos, se trasformó por las nuevas elecciones y tomó un carácter político. Assi fué miembro y luego presidente.

Era el miembro del comité central mas conocido, y esta notoriedad hizo que se le atribuyese una influencia que no tuvo jamás. En union de Audignoux y Greffier, se opuso a la rendición de los cañones en una famosa sesión, en que Henri, Duval, Bergeret, Eudes, Ganier y Dombrowski fueron nombrados generales.

El 19 de marzo, el comité se trasladó al Hotel de Villa y Assi conservó la presidencia hasta el 26. Aconsejó declinar la responsabilidad del asesinato de Clemente Thomas y Lecomte y aceptar las consecuencias. Pero luego se opuso a la conciliación, y en la sesión del 24 de marzo trató a los ministros de canallas y a los diputados de bestias feroces.

Fué nombrado el tercero en el 11º distrito por 19,890 votos, en las elecciones del 26 de marzo. Formó parte de la comisión de seguridad general. En los primeros días de abril, París supo con extrañeza que él que se consideraba como el alma de la insurrección había sido encarcelado. Fué un complot del partido Delescluze, Pyat y Compañía, que tenía la influencia del famoso promotor de huelgas, y le acusó de comunicaciones con Versalles.

Assi fué puesto en libertad quince días después, y ya no jugó mas que un papel secundario. El 23 de mayo estaba en la Escuela militar vestido de coronel y se dejó prender sin resistencia y llevar a Versalles.

Assi tiene treinta y dos años. Es un meridional, de origen italiano, moreno, esbelto y de mediana estatura. Es buen mozo y ha tenido muchas aventuras galantes que le valieron la enemistad de los puritanos Delescluze y Chouteau.

Se ha exagerado mucho el talento de este hombre. Es muy inteligente, facultad que no implica el talento de dirigir los negocios, muy entusiasta, y se entrega en cuerpo y alma a la idea que tiene. No ha recibido mas que una instrucción muy elemental, y en varias cartas suyas publicadas últimamente se notan mil faltas gramaticales.

De un día a otro debe pasar ante el consejo de guerra de Versalles.

XI.

DELESCLUZE,

DELEGADO DE LA COMMUNE A LA GUERRA.

Espíritu apocado y poco previsor, Delescluze no tuvo

mas que un entusiasmo, el de los principios del 93; se animó de ellos, y hasta el día en que tuvo algun poder, le sirvieron inflexiblemente de norma, lo que dió a su conducta y a su persona ese carácter rígido y altivo que es el detalle característico de su retrato.

Sus largos sufrimientos en Cayenne, sus convicciones que se decían inflexibles, su línea de conducta claramente trazada, valieron a Delescluze una reputación de honradez no contestada durante veinte años. Le perdaban mucho, por lo mucho que había padecido.

Hoy se puede saber lo que era; tan luego en el poder, Delescluze mintió a sus convicciones, violó la Constitución del 93 que era su ideal, y no tomó de tan turbulenta época mas que malas medidas anti-republicanas, nacidas de las luchas a que entonces se entregaban los partidos.

Delescluze nació en Dreux en 1809, y siguió en París la carrera de abogado. El principio de su vida política es bastante oscuro. Fué arrestado después de las jornadas de abril de 1834, y luego perseguido por delito de sociedad secreta; delito que debía valer numerosas condenas al joven conspirador. En 1844 pudo volver a Francia y redactó el *Impartial*, que le valió un mes de prisión y 2,000 francos de multa.

La revolución de febrero le hizo comisario de la República por los departamentos del Norte y del Pas-de-Calais.

Entonces dió una prueba notable de incapacidad política a propósito del famoso negocio Risquons-Tout.

Después del 13 de mayo dió su dimisión y se unió a la fortuna política de Ledru-Rollin. Fundó en París la *Revolucion démocratique et sociale*, y se encontró mezclado en todas las agitaciones que precipitaron la caída de la República.

Este periódico le costó un duelo con D'Alton-Shée, y el 13 de junio el periódico fué embargado y Delescluze desapareció por algun tiempo. Hacia algun tiempo que existía una sociedad secreta llamada de solidaridad republicana, que tenía a Delescluze por secretario general, y había organizado fuerzas revolucionarias. Se descubrió, se formó en Versalles un alto tribunal, y Delescluze fué condenado por contumacia a diez años de deportación; huyó a Inglaterra y se reunió con Ledru-Rollin.

Entrado en Francia en 1853, se afilió en una sociedad titulada la *Jeune Montagne*, y se hizo uno de los principales jefes; fué de nuevo arrestado en octubre y condenado en marzo del 54 a cuatro años de prisión y 4,000 francos de multa. Entonces empezó su vida de sufrimientos, arrastrada entre Belle-Isle, Corté, Ajaccio, Tolon, Brest y luego Cayenne, y entonces se desplegó también la tenacidad de su indomable energía, y viviendo en medio de los foragidos, conservó su altivez proverbial.

Volvió a Francia después de la amnistía de 1859 y vivió largo tiempo en la oscuridad, con frecuencia al lado de su hermana, única persona que haya tenido influencia sobre este carácter indomable y taciturno.

En 1858 fundó el *Réveil*; el primer número en el que decia empuñar de nuevo la bandera de la Revolución, le costó tres meses de cárcel y 5,000 francos de multa.

El 28 de noviembre de 1869 nueva condena por el asunto Baudin; seis meses de prisión y 2,000 francos de multa que la Cámara de apelación correccional redujo a 50.

El 16 de febrero de 1870, tercera condena, de trece meses de cárcel y 2,000 francos de multa. El *Réveil* fué suprimido en agosto y reapareció después del 4 de setiembre. En los primeros días, Delescluze emprendió una campaña contra los miembros del gobierno, que produjo las jornadas del 31 de octubre y del 22 de enero. El general Vinoy suprimió el periódico.

Delescluze fué nombrado diputado uno de los primeros en las elecciones del 8 de febrero; cuando acaecieron los desórdenes de París, salió de la Asamblea, y siempre áspero hasta lo indigno, dió su dimisión en términos insultantes.

Dos distritos le nombraron miembro de la Commune donde esperó ver renacer los tan deseados y hermosos días del 93.

Se le atribuía gran influencia sobre sus colegas que con frecuencia le han llamado el alma de la Commune. Incapaz de rendirse a ninguna necesidad, no comprendió el carácter real de la revolución y se redujo a pedir este gobierno y sus instituciones. Opuesto por naturaleza a las ideas girondinas de federar la Francia y del aislamiento de París, no vió en el movimiento comunal mas que una probabilidad favorable para la lucha presente; se hizo nombrar delegado a la guerra y contaba sobre la autoridad que debía darle la victoria para impedir una dislocación general.

Lo que principalmente faltaba a Delescluze era el corazón.

Hablaba siempre de legalidad y nunca de sentimiento. Su vida fué matemática, calculada por una lógica absoluta que llegaba al absurdo y al crimen. Nunca un sentimiento de su corazón hizo que se desviase de la senda que su mente había trazado. Su madre murió en setiembre último; acompañó su cuerpo al cementerio, como era su deber, pero se negó a entrar en la iglesia donde se dijo la última plegaria sobre el ataúd de su madre.

Ha muerto como debía morir. Han dicho que trató de huir y no lo creemos. Fué a la alcaldía del 11º distrito en el Chateau d'Eau, siempre altivo y frio, sabiendo que caminaba a la muerte, y no desengañado aun, debía soñar en los montañeses del 93 dirigiéndose al cadalso.

XII.

BILLIORAY,

ESTRATEGISTA DEL COMITÉ DE SALUD PÚBLICA.

Billioray tenía un odio sordo é inveterado contra todo lo que se relacionaba con el periodismo. No le gustaba oír hablar de la libertad de la prensa, que era su pesadilla.

Al día siguiente del 18 de marzo, Billioray presentó a sus colegas del Comité central, un proyecto tendiendo a la supresión inmediata de toda la prensa llamada reaccionaria. No se atrevieron a seguir su opinión, pero sí se insertaron en el *Officiel* las terribles amenazas dirigidas a todos los que manejaban una pluma como publicistas.

Sus enemigos personales en la Commune eran Felix Pyat, Vallés y Grousset, los tres periodistas de profesion. Los trataba desdeñosamente de *plumistas*.

Con el redactor del *Vengeur*, la cosa se hizo pueril; no había sesión en que Billioray dejase de dirigirle vivas reeriminationes por las indiscreciones cometidas por el *Vengeur*. Pyat, respondía: « Hago mi deber con mi » pluma, también como vos con vuestros discursos. » Billioray replicaba: « ¿ Creéis que vuestros perniciosos » artículos nos traigan un hombre ó un cañón mas? » Y sobre esto la querrela se envenenaba.

Es cierto que el amor propio literario de Pyat, no podía atacarse; un día contestó a Billioray: « En vez de » ocuparos de mis artículos, id a aprender la ortografía, que ni por sueños conocéis. »

Nada era mas positivo, la ignorancia de Billioray sobre este punto, como sobre otros muchos, era profunda. Un día, durante el sitio, fué a presentar a Rochefort una memoria sobre la organización de la defensa.

Era una repetición de todo lo que entonces se decía en los clubs, mezcla de excentricidad y barbarie. Rochefort le aconsejó fuese a aprender la gramática.

Billioray, miembro del Comité de salud pública, tomaba la iniciativa de casi todas las medidas militares, y nadie a su alrededor parecía dudar de su competencia, habiendo sido considerado por algunos como el estrategista del Comité de salud pública.

Como Flourens, que había tomado por modelo, llevaba grandes botas de charol y en la cintura un revolver magnífico. Cuando un batallón de la guardia nacional solicitaba ser revisado por un miembro de la Commune, encargaban a Billioray de esta misión. Su conducta el 31 de octubre le valió mucho para con la guardia nacional.

A pesar de toda su influencia, como estrategista, sus estudios en el arte de la guerra corrían pareja con los que hizo de gramática. Decía que había aprendido la guerra en Creta con Flourens, y su expedición en Creta se redujo a un mes; llegó a dicho punto; quiso hacerse el valentón y tuvo una disputa con algunos cretenses que le apalearon y le robaron su dinero. Al momento volvió a Marsella, de donde había partido con mucho entusiasmo, admirando a todas las personas que le conocían.

XIII.

LULLIER,

GENERAL DE LA COMMUNE.

Entre todos los personajes de la Commune, Lullier presenta una biografía en extremo instructiva. Juzgado peligroso bajo el imperio, lo fué también bajo la República del 4 de setiembre, que le arrestó y le mandó con una misión al exterior. Luego formó parte de la Commune y se insurreccionó contra la misma revolución, para no perder la costumbre. Encarcelado por la Commune, fué puesto en breve en libertad y entonces se entregó a una serie de ataques contra sus amigos, que tenían mucho de ridículo y grotesco. Por los detalles siguientes, cuya autenticidad confirmamos, podrá juzgarse a este pretendido reformador.

M. Lullier (Carlos-Ernesto), nacido en Mirecourt (Vosges), el 27 de abril de 1838, fué admitido en la escuela naval en 1854, y nombrado aspirante de 2ª clase el 1º de julio de 1856. El resumen siguiente de sus certificados, hacia presentir lo que sería el oficial. Discípulo inteligente, pero perezoso; espíritu indisciplinado, carácter insociable.

Salido de la escuela naval y embarcado en el *Austerlitz*, lanzó la confusión en el puesto de aspirantes, provocando a todos sus camaradas sucesivamente. Una de estas escenas violentas provocadas por M. Lullier, le hizo desembarcar en Brest y sufrir un mes de arresto.

En 1860, el comandante en jefe de la escuadra de evoluciones se explicaba así sobre Lullier, entonces alfez de navío: « No tiene disposición, ni juicio, necesita » aprenderlo todo, especialmente a escribir poco. » En

efecto, en esta época, Lullier, que estaba con la escuadra delante de Gaeta, dirigía secretamente á un periódico una correspondencia hostil á la política francesa y al papel de la escuadra en las cuestiones pendientes.

En 1864, Lullier, á bordo de la *Licorne*, en la división de las costas orientales de Africa, se negó al servicio estando de cuarto, y respondió con injurias y amenazas á las observaciones de su capitán. Este acto de insubordinación le costó el empleo temporalmente.

En esta época Lullier trató de producirse en la prensa y presentó su candidatura en el Finisterre, sin obtener resultado. Pasaron tres años, y sus promesas reiteradas de conducirse dignamente, conmovieron al ministro, que acortando el plazo de su condena, le llamó á la actividad en 1864. No había pasado un año, cuando una querrela sangrienta que tuvo en una casa de tolerancia de Granville, le dejó de nuevo de reemplazo.

Las súplicas tornaron á conmover al ministro, que usando de indulgencia, le perdonó antes del cumplimiento de su pena. Pero en el mismo instante le dejó descontento, dirigiéndole una carta muy inconveniente. Además, ocupado en Paris con la publicación de una obra, solo ocho dias despues obedeció á la órden de personificarse en Tolon, y fué castigado al llegar. Sin tener en cuenta una prohibición formal, dió á la publicidad una obra que no temió dedicar al ministro, y llevaba por título: *Mision política y marítima de la Francia en el siglo XIX.*

A bordo del navío *Fleurus*, abandonó su cuarto en una noche de mal tiempo; fué arrestado por este delito y al dia siguiente dirigió una carta insultante á su jefe.

A causa de todos estos hechos, Lullier, por órden del gobierno de Cochinchina, fué traducido ante un consejo de informacion, que decretó el 6 de junio del 68, dando licencia absoluta á M. Lullier, por causas graves contra la disciplina.

En Tolon fué donde recibió notificación de este decreto, pero apoyándose en su nombramiento de teniente de navío, protestó contra el decreto del 6 de junio, que consideró como un exceso de poder del ministro. Esta pretension fué rechazada por la autoridad marítima, y Lullier siguió el proceso ante el Consejo de Estado, que el 11 de junio del 69 rechazó la proposición del *sieur Lullier*.

Venido á Paris, escribió cartas tan groseras al ministro é hizo tales escenas, que fué condenado por el tribunal de policía correccional, á seis meses de cárcel. Hé aquí cuál era la opinion del ministerio público sobre él: « M. Lullier no ha dejado de manifestar un detestable espíritu, un carácter sombrío é irascible, un juicio falso, un orgullo llevado hasta la demencia, y siempre una necesidad ardiente de entretener al público de su personalidad. La impotencia de sus esfuerzos en sus luchas contra la autoridad, le ha exasperado en vez de abatirle; ha reanimado el ardor de sus pasiones de odio, y le ha conducido á un parasismo de furor que le hace peligroso para la sociedad. »

Por la evocación de este pasado, el lector puede juzgar el grado de preparacion en que estaba este hombre para realizar *la justicia social en la tierra.*

XIV.

JOHANNARD,

COMISARIO CIVIL DEL GENERAL LA CECILIA.

Hé aquí uno de los personajes mas característicos de la insurrección, que vivió como un canalla y murió como un bandido. Era un dependiente de comercio cumplido; vanidoso por naturaleza, elegante por estado y desenfrenadamente vicioso.

Entre una partida de billar y un agenjo, Johannard pensaba en sus franquicias de los trabajadores. Pero su sueño favorito acariciado largo tiempo hacia, era el de lucir un uniforme. Guardia nacional en el número 400, solicitó el mando de sus camaradas, pero no fué nombrado y solo obtuvo el grado de teniente, cuyo uniforme no dejó ya.

Johannard fué uno de los primeros internacionales parisienses y apareció en el proceso de 1870, siendo considerado como uno de los jefes y fundadores de la asociación. En efecto, él fue quien organizó la seccion del faubourg Saint-Denis. El alto tribunal de Blois le condenó á un año de prision y 400 francos de multa por delito de sociedad secreta; habia sido dejado libre bajo caucion y debia entrar en Mazas el 6 de setiembre, cuando estalló la revolucion que le puso en libertad.

Durante los primeros meses del sitio, fué un orador de la Cour des Miracles, donde compadeció con no menos asiduidad, á los pobres desheredados de la *civilización imperial*. El 31 de octubre estaba con la compañía de francos tiradores que invadió el Hotel de Villa.

El vanidoso empleado no dejó de solicitar su diputación en las elecciones para la Asamblea nacional. Obtuvo 57,331 votos. Sucumbió en las primeras elecciones para la Commune, pero luego fué elegido en el 2º distrito. El Hotel de Villa, al que Delescluze y el viejo Beslay dieron un barniz de puritanismo, no gustaba mucho al galante Johannard, que de preferencia estaba en su alcaldía. Abandonando á los socialistas, se reunió á Delescluze y obtuvo al fin, del parodista del 93, el comisariado civil al lado del general La Cecilia.

Entonces fué feliz, pues pudo cubrirse de galones; pero llegó el momento de que los jefes pagasen con su persona y Johannard fué á las avanzadas. Cuando volvió habia cambiado. Su amabilidad no existía; el ruido de la batalla le dió miedo, y el miedo produjo reflexiones. Sintió que la *Commune* vacilaba, que estaba perdida, y le cogió el vértigo de la muerte que parece haber hecho feroces á hombres hasta entonces honrados y buenos.

Johannard fué el que dijo friamente al entrar en la sala de sesiones: « He hecho fusilar un mensajero de 16 años que llevaba despachos á los versalleses. » Esto fué dicho á sesenta hombres. El fanatismo y la perversidad, acrecido gradualmente con la inminencia del peligro, no encontraron nada que censurar.

El 23 de mayo, Johannard y La Cecilia, rechazados del Trocadero por los soldados, huyeron hasta el cementerio del Père-Lachaise, el primero asesinado al paso á los que tuvo ocasion. Johannard, pasando al galope, gritaba á sus hombres: « Replegaos, pero matad é incendiad replegándoos. » Del Père-Lachaise pasó al fuerte de Vincennes, donde se encontró en una cripta de la capilla. El asesino y el incendiario mereció el honor de ser fusilado.

Johannard era bastante gracioso para distraer un grupo de borrachos. Era rubio, de fisonomía vulgar, pero simpático, y no podia oponer resistencia á la adulacion; el galante olvidaba siempre al miembro de la *Commune*, cuando una mujer le iba á hablar de negocios. Tenia 29 años, y su domicilio habitual era la calle de Aboukir, donde se encontraba jugando al billar á cualquier hora.

(Se continuará.)

El aniversario del pontificado de Pio IX

EN MADRID.

En Madrid, como en todas las ciudades del orbe católico, se ha celebrado el 25º aniversario de Pio IX con manifestaciones católicas que han dado margen á graves desórdenes. Hé aquí las noticias sobre lo ocurrido en Madrid, que extractamos de los diarios y de la correspondencia particular del autor de nuestro dibujo.

La manifestacion católica, que hoy 18 ha tenido lugar, dicen los diarios madrileños, no ha podido ser ni mas inerte, ni mas pacífica, ni de mayor solemnidad. Si en las primeras horas de la mañana hubo temor en engalanar algunos balcones, á las doce ya lucian sus vistosas colgaduras la mayor parte de las casas, en toda la extension de esta capital. Al propio tiempo en todos los templos, materialmente atestados de gente, la sagrada comunión ha durado mas de tres horas: en todas se han cantado solemnes *Te-Deum*, y las calles de la capital presentaban una animacion mayor que la ordinaria, que cada vez crece mas y que esta noche aumentará sin duda por el atractivo de la iluminacion.

Pero donde la funcion religiosa ha tenido mayor carácter de grandiosidad ha sido en la iglesia de San Isidro. Cinco prelados asistian á ella, que eran los obispos de Coria, Habana, auxiliar de Madrid, Osma y Tarazona. No queremos dar nombres á la vanidad; pero la nave del templo y las numerosas tribunas estaban cuajadas de todo lo mejor y mas blasonado que Madrid encierra, confundido con un numeroso pueblo, siempre lleno de fe y ávido de amor y de esperanza.

La sagrada comunión comenzó á las ocho, y á las diez y media la misa, que ofició el señor obispo de Osma. Durante la epístola se cantó un magnífico *Tu es Petrus*, del maestro Eslava, dirigiendo la orquesta el jóven socio de la Juventud católica, don Nicolás Gonzalez. Despues subió al púlpito el señor obispo de la Habana, y aunque con ingrato acento francés, pronunció un discurso, que bien puede llamarse maravilla de la oratoria sagrada. El señor obispo en el exordio dijo que no iba á hablar mas que de religion, para que los enemigos no creyesen que habia cizaña, donde no hay mas que trigo, y para que si le escuchaba algun fariseo tuviera que retirarse avergonzado en ver que allí no habia mas que piedad y amor.

El Sr. Rojo Arias, que movido sin duda de un espíritu cristiano, y armado de un lápiz, le escuchaba desde una de las tribunas, habrá podido decir á sus amigos los progresistas y radicales, que en la palabra santa del prelado no hubo mas que caridad y uncion evangélica, hasta cuando trataba de la revolucion de Italia, que tantas amarguras ha traído al Santísimo Padre. La sustancia del sermon puede reducirse á los siguientes términos: « Importa que Pio viva mas que Pedro, hasta que la Iglesia triunfe: bendigamos á Dios, que ha conservado y vela por sus dias. »

Despues de la misa hubo bendicion papal, quedando para velar al Santísimo despues del clero que ocupaba el primer turno, los grandes y títulos del reino, entre los cuales vimos á los señores duques de Abrantes, Bailen, Conquista, Granada, de Ega y Medinaceli; marqueses de Abranca, Alcañices, Benamejí, Camposagrado, Heredia, Jura-Real, Martorell, Mirabel, Molins, Monasterio, Pidal, Santa Cruz, San Saturnino, Valleameno, Valle de las Palomas, Villaviciosa; condes de Casapunte, Canga-Argüelles, Fuentes, Guijasalvas, Gaaquí, He-

redia Spinola, Santa Olalla, Sástago, Sofraga, Superunda, Torre-Orgaz, Zaldivar, y vizcondes de la Armería y de Ayala.

El tercer turno lo ocuparon las señoras de los grandes y despues la Juventud y la Asociación católica, hasta las cuatro, en que era la reserva.

Ningun edificio del Estado ni los que ocupan sus altos empleados, ha lucido sus colgaduras. Las casas de Oñate, Alcañices, Alba, Portugalete, Monistrol, Miraflores y otras ostentan riquísimos tapices ó paños blasonados, con los escudos que recuerdan al pueblo los nombres y las hazañas mas gloriosas de la patria.

El Teatro Español, el Círculo Conservador y la Juventud católica están espléndidamente decorados. En los balcones de la casa que ocupa la Juventud católica se ostenta bajo dosel el retrato de Pio IX. En los transparentes se leen estos seis lemas: 8 diciembre 1864, *Syllabus*. — 8 diciembre 1864, *Inmaculada Concepcion*. — *A Pio IX la Juventud católica*. — *Viva el Papa-rey!* — 18 de julio de 1870, *Infalibilidad*. — *Xon prevalebunt*. Además hay escusones con las armas pontificias y las de España flordelisados, y otros con los nombres de las academias católicas de Madrid, Toledo, Habana y Tortosa.

A la una un alcalde de barrio se presentó en la Juventud católica á pedir en nombre de la autoridad se quitase el transparente donde se leía: *Viva el Papa-rey!* por creerlo subversivo.

Tambien el capitán general del distrito ha negado el permiso á las bandas de música militares para que toquen en la serenata que esta noche se preparaba y en la procesion de la tarde; pero la procesion ha sido suspendida por temor de que un acto religioso sirva de pretexto á cualquier género de imprudentes para promover escándalos ó perturbar el órden.

En muchas casas particulares se ven guirnaldas de laurel, arcos y tarjetones, donde no se lee mas que el nombre del venerable Pio IX.

Ahora vamos á dar cuenta de las contra-manifestaciones populares:

Madrid ha presenciado escenas que creíamos ya deserradas de nuestras costumbres, pero que, por desgracia, nos revelan cuánta es la intolerancia, cuánta la falta de cultura de un pueblo que debia estar convencido de que la libertad no puede consolidarse sino por el respeto sagrado al derecho de los demás.

Varios grupos formados en la calle de Toledo, en la calle Ancha de San Bernardo, en la Puerta del Sol y en la calle de Atocha, que se engrosaron con una multitud de curiosos, empezaron á recorrer las calles á gritos de « ¡mueran los carlistas! » « ¡abajo los faroles! » cometiendo desmanes en algunas casas é intimando en todas las que se hallaban iluminadas, para que se apagaran las luces.

Un grupo de mas de 500 personas subió por la calle de la Luna, y colocándose delante de la casa del señor conde de Sástago, empezó á gritar desaforadamente para que desaparecieran las colgaduras y el alumbrado. Pero viendo que no se hacia caso, unos cuantos mocitos se encaramaron por las rejillas, destrozando cuanto habia en los balcones.

Despues se dirigieron á la próxima iglesia de San Martin, y repitieron la escena, aplaudiendo cuando un empleado de la parroquia apagó la iluminacion. De allí, engrosando el grupo lo menos con 2,000 personas, entre hombres, mujeres y niños, y prurriendo en voces descompasadas contra los carlistas, se dirigieron por las calles del Barco y Valverde hácia San Ildefonso, obligando por fin á apagar las iluminaciones en toda la parte alta de Madrid.

Otro grupo, que desde la Puerta del Sol se habia dirigido á varias calles del distrito de Buenavista, cometió varias tropelías en las calles de la Libertad y del Arco de Santa María, rompiendo los cristales de dos casas.

Delante de la casa que ocupa la Juventud católica, formóse á primera hora de la noche un numeroso grupo, que obstruyó por completo la calle, y despues de varios gritos, algunos individuos subieron á los balcones, apagaron las luces y echaron á la calle la mayor parte de los adornos, incluso los escudos, transparentes y retratos del papa, con todo lo cual hicieron una hoguera. El grupo, cada vez mas numeroso, recorrió despues muchas calles, obligando al vecindario á apagar los faroles, aunque no tenemos noticia de que cometieran otros excesos.

Mas tarde, otro numeroso grupo estuvo recorriendo algunas calles del distrito del Congreso, rompiendo los cristales de una casa de la calle del Príncipe; mas al llegar á la del Prado, y cuando se disponian á arrojar piedras á otra casa, diez ó doce agentes de órden público, con el inspector del distrito á la cabeza, intimaron su disolucion, y como quiera que hallasen cierta resistencia pasiva, sacaron los revolvers, con cuya amenaza quedó limpia la calle á los pocos momentos.

No sabemos si los restos dispersos de este grupo ú otro nuevo formado en la Carrera de San Gerónimo, bajó hasta el palacio de Medinaceli, rompiendo algunos cristales, hasta apagar por completo la iluminacion que habia.

Ignoramos si en algunas otras calles habrán ocurrido escenas análogas, pero lo tememos, pues los grupos recorrieron durante dos horas las calles mas céntricas de la poblacion.

Entre tanto, ¿qué hacian los agentes de la autoridad? En algunos distritos, como el del Congreso, vimos al inspector con fuerza de órden público disolviendo con energía los grupos, unas veces con la intimacion, con la amenaza otras, evitando mayores males.

En las calles del Desengaño y la Luna acudieron cuando ya se habían consumado los destrozos que hemos enumerado, aunque en honor de la verdad debemos reconocer que las turbas eran numerosas y obraron con gran rapidez. Tres ó cuatro agentes se colocaron á la puerta de la iglesia de San Martín, á la sazón abierta y llena de señoras en su mayor parte, para impedir que las turbas penetraran en el sagrado recinto. Los fieles, sin embargo, experimentaron el sobresalto que es consiguiente, viéndose salir á algunas señoras dando gritos desgarradores en demanda de socorro.

El gobernador en persona, según nos han referido, logró disolver por medio de la persuasión dos grupos, evitando que cometieran ningún desmán.

Pero en lo general las parejas de orden público permanecieron mudos testigos de las escenas, demostrando ó una debilidad inconcebible, ó que no saben siquiera cuál es su deber en estos casos.

Parece que los hechos de ayer obedecen á alguna inspiración que nosotros no conocemos ni queremos sobre ella aventurar ningún juicio.

Se nos refiere á última hora que hay cinco ó seis personas presas, entre ellas un mocito barbero, al que se le ha cogido con dinero, cuya procedencia ha ofrecido revelar.

El gobernador, por su parte, ha suspendido, según parece, á dos ó tres inspectores de vigilancia por creer que no han obrado con la energía que debían. Ello es que excesos como los de anoche son ya incomprensibles en esta época de tolerancia y de libertad para todas las manifestaciones pacíficas, y que no pueden aprovechar á nadie como no sea á los enemigos jurados del sistema liberal, que pretenderán sacar de ellas consecuencias en favor de sus



El canónigo von Dellinger.

teorías absolutistas, sin recordar acaso que los hechos de ayer tienen sus precedentes en las épocas de mayor tiranía.

X.

Correspondencia

DE ALSACIA.

25 de junio de 1871.

Los cálculos de los diplomáticos suelen salir burlados. Al apoderarse de la Alsacia, el príncipe canciller del imperio alemán ha creído que quitaba á la Francia su mejor contingente militar, los alsacianos y los loreños.

Tres cifras muy elocuentes tenía á su disposición para saber á qué atenerse en este punto: 35,000 alsacianos y loreños prisioneros; 45,000 en el ejército de la defensa nacional, y 44,000 que se escaparon de las garras prusianas para ir á formar en Lyon la legión alsaciana, de la que desgraciadamente no han sabido sacar ningún partido.

Ya la Alemania celebraba este refuerzo y la prensa tedesca no ocultaba su complacencia pensando en la entrada al servicio alemán del contingente alsaciano.

Ahora bien, los mozos del país han burlado estas esperanzas, y al primer reclutamiento el príncipe canciller se llevará un solemne chasco. Todos los jóvenes emigran. Sus madres les preparan, bien ó mal, uniformes fran-



Manifestaciones en Madrid con motivo del 25º aniversario de Pío IX.

ceses con las prendas de ropa halladas en los cuarteles cuando fueron abandonados el día de la rendición.

Se calculan en mas de 45.000 los mozos y los niños que han salido para Francia solo en el departamento del Alto Rhin, y el número se aumenta cada día: es lo que se llama una emigración.

La prensa oficiosa de Berlin tiene la culpa de este movimiento. Hace mes y medio habló de un reclutamiento próximo y de la formación de regimientos alsacianos de la guardia que debían dar guarnición en Berlin. Esta amenaza de un alistamiento contrario á las estipulaciones del tratado de Versalles, en el que se dice que no podrán levantarse hombres en la Alsacia y la Lorena antes de 1872, dió la señal de la emigración.

El horror que inspira la Prusia, la repulsion que demuestran los mozos por el casco de punta, que es la fórmula de los ejercicios automáticos á la prusiana, han encontrado un pretexto en esa amenaza ilegal é inoportuna que ha echado á volar la prensa de Berlin.

No se necesita ser profeta para asegurar que en 1872 la prusia no encontrará en el primer reclutamiento mas de una tercera parte del contingente normal en la Alsacia y la Lorena. Lo que falte se encontrará bajo la bandera francesa.

El dibujo que acompaña á estas líneas ha sido copiado en uno de los puntos donde se reúnen para emigrar los muchachos alsacianos.

*
* *

Además publicamos dos retratos que no dejan de tener entre sí cierta relación secreta.



El rey de Prusia vestido de ceremonia.

El canónigo von Döllinger es el promotor del cisma que se ha producido recientemente en la Alemania del Sur y cuyas proporciones son ya tales que parece ser una segunda edición de la Reforma.

Como la Reforma, el movimiento contrario á la infalibilidad se produce con un carácter político que la Prusia ha cogido al vuelo.

La Reforma y el cisma actual proceden del mismo modo; pero sus resultados políticos serán bien diferentes. La Reforma, en manos de los príncipes del Norte, fué un medio para librarse del imperio alemán de los Absburgos. La doctrina *anti-infalibilista* va á servir, por el contrario, para hacer que los países del Sur, representados por los monarcas de Austria y de Baviera, ingresen en la Confederación del Norte.

Este movimiento ha sido provocado por el canónigo von Döllinger, un alto dignatario eclesiástico; un profesor de teología católica, casi toda la corte de Baviera está en el movimiento.

*
* *

El segundo retrato es la imagen popular aparecida oficiosamente en Prusia. Napoleon I se ha hecho célebre por su levita gris y su sombrero apuntado. Los artistas prusianos han estado menos felices en el traje é insignias de aspecto casi sacerdotal con que han engalanado al nuevo emperador de Alemania. Júzguese pues por nuestro dibujo.

C. L.



Explosion de la cartuchería de Vincennes.

Explosion de la cartuchería de Vincennes.

Otra explosion.

En otras circunstancias se habria achacado á la maledvolencia; pero á la verdad, no puede considerarse sino como un simple accidente.

Hé aquí cómo ha tenido efecto esta explosion de la cartuchería contigua al polígono de Vincennes.

La cartuchería de Vincennes se compone de cierto número de construcciones poco elevadas, separadas entre sí por varios patios. Unos cuantos furgones cargados de cartuchos y de toneles de pólvora, acababan de entrar en el primero de estos patios y pasaron luego á los almacenes. Era en la mañana del jueves 22 de junio.

Inmediatamente se pusieron á descargarlos.

Sin duda alguna la operacion se hacia con esa indiferencia que adquieren con el tiempo los que se ocupan en faenas peligrosas. Se descuidan ciertas precauciones y así sobrevienen las desgracias.

Y así ha sucedido.

Un saco removido sin precaucion, provocó la inflamacion de algunos cartuchos, cuya explosion comunicó el fuego á muchos miles de los mismos proyectiles.

Entonces se oyó como un inmenso fuego de peloton y las balas silbaban por todas partes.

Al punto se declaró un incendio en el almacén en donde acababa de tener lugar la explosion; incendio que amenazaba propagarse, de cuyo modo habria sido espantosa la catástrofe.

Por fortuna al grito de alarma acudieron los artilleros, con muchos trabajadores, todo el mundo echó mano á las bombas y se consiguió cortar el fuego.

La pérdida, puramente material, no es considerable.

No ha habido ningun muerto: solo se cuenta un contuso levemente.

C. P. D.

Revista de Paris.

Acaban de hacerse las elecciones, y por lo tanto seria ocioso buscar entre los acontecimientos de la semana ningun otro asunto de actualidad y de interés para la poblacion parisiense. Una reflexion se ocurre cuando se observa que en todas partes el objeto preferente de las conversaciones, así como el tema comun de todos los diarios versaba siempre sobre las candidaturas de todos colores que cubrian las paredes de la capital y ocupaban el primer puesto en las columnas de los diarios, y esta reflexion es la siguiente: Puesto que todo el mundo se ocupa con tanto afán en las elecciones, el número de votantes ha debido ser muy crecido, los partidarios de la abstencion han debido sufrir la mas completa derrota.

Ahora bien, por una de esas contradicciones inexplicables que tan á menudo aparecen en las cosas políticas, no ha sido así, y rara vez los electores de Paris se han mostrado mas perezosos para acudir á las urnas.

Es verdaderamente una desgracia para la nacion que en tan solemnes momentos haya tantos ciudadanos que se olviden del cumplimiento de su deber. La abstencion, cuando no es un arma de oposicion, es una falta muy vituperable. A esto se nos contestará quizá que de los 21 diputados nombrados en Paris, 15 pertenecen al partido del orden, y por consiguiente hay motivo para entonar un himno de triunfo si se comparan los resultados de esta eleccion con los que dió de sí la del 8 de febrero; pero no obstante esta victoria que reconocemos, es evidente que si los abstencionistas hubiesen acudido á los comicios, la lista entera formada y recomendada por la prensa coligada habria salido de las urnas con exclusion de los seis representantes del partido rojo que han logrado introducirse entre los nuevos diputados parisienses.

El número de electores inscritos es de 458,993. Hé aquí los nombramientos, con la indicacion del número de electores:

1. — Wolowski.	143,781
2. — André.	130,919
3. — Pernolet.	127,847
4. — Louvet.	124,847
5. — P. Morin.	117,943
6. — De Pressensé.	116,217
7. — Corbon.	115,281
8. — Dietz-Monin.	115,097
9. — Gambetta.	114,806
10. — Denormandie.	113,281
11. — De Cisse.	109,265
12. — De Plœuc.	108,252
13. — Scheurer-Kestner.	107,581
14. — Krantz.	107,078
15. — Laboulaye.	106,210
16. — Lefébure.	104,259
17. — Laurent Pichat.	99,094

18. — Sebert.	96,466
19. — Breslay.	95,380
20. — Drouin.	94,282
21. — Bonvalet.	93,968

El 8 de febrero los electores inscritos eran 547,000 y votaron 328,970, esto es, un poco menos de los dos tercios de los electores inscritos.

El 2 de julio apenas han votado la mitad de los electores, ó sean 220,000.

Es verdad que habian sido rayados de las listas 95,000 hombres; pero de todos modos ha habido 108,000 abstenciones mas que el 8 de febrero, y así ha sucedido que el diputado que cuenta mas sufragios, M. Wolowski, tiene 73,000 votos menos que los que tuvo M. Luis Blanc, que figuraba el 8 de febrero á la cabeza de los elegidos.

¿No hay razon para quejarse de las abstenciones?

Así se hace en efecto, y hay quien propone hasta una penalidad para todo elector que sin motivo justificado deje de cumplir con este deber eminentemente patriótico, y que en circunstancias como las presentes puede traer consigo terribles consecuencias.

Por lo demás, las apreciaciones sobre la eleccion de Paris son muy divergentes. Desde luego se observa que las fuerzas de la insurreccion no están tan disminuidas como se creia, puesto que en el terreno legal han alcanzado el triunfo para seis de sus candidatos. Pasando de un extremo á otro, se suponía que la ciudad que habia nombrado hace tan corto tiempo á Félix Pyat, Rochefort, Milliere, etc., convertida de su error por las monstruosidades de la Commune, lanzaria casi unánimemente de su seno á los hombres que de cerca ó de lejos representaban las mismas ideas. Y no ha sido así, pues no solo ha nombrado seis representantes del partido avanzado, sino que ha dado un número muy considerable de votos á Victor Hugo (57,854), á Lockroy (76,021), al hijo de Raspail (54,854), y á otros.

Contra los que deploran este resultado están por otra parte, los del partido vencido, que se creian tambien seguros de la victoria y que protestan contra el estado de sitio, contra la supresion de los nombres de sus amigos en las listas electorales, etc., etc.

Afortunadamente, sobre todos estos intereses de bandería, está el interés de la nacion que ha quedado satisfecho con las elecciones.

De 115 diputados que habia que nombrar en toda Francia se calcula que mas de 80 pertenecen á la idea republicana moderada que sostiene M. Thiers. Los demás pertenecen al partido rojo en su mayoría, pues apenas hay la excepcion de uno ó dos legitimistas y uno del régimen caido, el ex-ministro de Hacienda del imperio, M. Magne.

Las grandes ciudades, y entre ellas Paris, han contribuido á esta victoria que por el momento afianza el actual orden de cosas establecido.

Digamos dos palabras sobre los antecedentes de los nuevos diputados de Paris.

M. Wolowski es un libre-cambista que ha escrito muchas obras celebradas. Es uno de los fundadores del Crédito territorial, profesor de legislación en el Conservatorio y ex-diputado de la Constituyente.

Siempre negó con obstinacion sus servicios al segundo imperio.

M. André es otro gran representante de los intereses materiales. Administra el Banco, el Crédito territorial y varias compañías importantes. Nuevo como hombre político, no hay duda que sus facultades especiales encontrarán aprovechamiento en las tareas de la Cámara.

M. Pernolet, alcalde del distrito XIII, es un hombre de sentimientos muy filantrópicos y dotado de un espíritu eminentemente práctico.

M. Louvet ha sido presidente del Tribunal de Comercio, título que le ha recomendado mucho á los electores.

M. Morin pertenece á la industria. Además, es presidente de los alcaldes de los pueblos del Sena y alcalde de Nanterre.

M. de Pressensé se ha hecho un gran nombre en la iglesia protestante como predicador y como periodista. Es hombre de vastos conocimientos y muy versado en las cuestiones políticas de nuestra época.

M. Corbon fué vice-presidente de la Asamblea constituyente en 1848. Ha sido obrero en su juventud; despues fué periodista, y es considerado entre las clases trabajadoras por sus ideas socialistas.

M. Dietz-Monin se halla á la cabeza de una de las principales industrias de Paris, la relojería. Tambien se ha dedicado al estudio de las cuestiones sociales.

M. Gambetta habiéndose retirado á España cuando se firmó el armisticio en Versalles, se presentó en los últimos dias en la arena electoral, donde ha obtenido un señalado triunfo. Fuera del terreno candente de la Commune, contra la cual Gambetta se ha expresado con energía á su paso por Burdeos, la significacion de este nombramiento es de una alta importancia en el estado en que han quedado los ánimos despues de la guerra. Con efecto, sabido es que Gambetta no queria la paz, sino una lucha hasta el último trance: ¿Hay pues, quien adopta ya su programa? ¿Significa su nombre la reivindicacion de la Alsacia y la Lorena? A mayor

abundamiento, Gambetta es partidario decidido de la República democrática.

M. Denormandie administró el distrito VIII de Paris durante el sitio prusiano.

M. de Cisse, ministro de la Guerra, ha prestado grandes servicios en la campaña del Loira.

M. de Plœuc es un hombre entendido en materia de hacienda, y ha administrado el Banco durante la Commune, tarea que seguramente no era fácil.

M. Scheurer-Kestner se cuenta entre los principales manufactureros de Alsacia, y habiendo sido nombrado representante por el departamento combatió la cesion impuesta á la Francia por la fatalidad al cabo de la terrible guerra. Hecha la paz dió su dimision, y abandonó su manufactura de Alsacia.

M. Kranz, ingeniero distinguido, es autor de estudios científicos en materias de comunicaciones que han llamado mucho la atencion de los hombres competentes.

M. de Laboulaye tiene fama en el mundo por su obra tan notable y tan original sobre la América del Norte.

M. Lefébure es otro de los enemigos de la paz que le ha costado á la Francia la Alsacia y la Lorena.

M. Laurent Pichat es un hombre político que ha pasado gran parte de su vida en los encierros de Nantes ó de Santa Pelagia.

M. Sebert pertenece al foro y figura entre los primeros jurisconsultos.

M. Drouin es presidente del Tribunal de Comercio.

Por último, M. Breslay y M. Bonvalet han administrado diferentes distritos de Paris, el primero como adjunto y el segundo como alcalde. Entrambos pertenecen al partido radical.

Tales son los antecedentes, brevemente indicados, de los nuevos representantes que Paris envia á la Asamblea.

Esta vez, aunque no tanto como el 8 de febrero, ha habido abundancia de candidatos.

Sin duda se recordará que una de las causas que retrasaron dias y dias la colosal tarea del recuento de los sufragios en las primeras elecciones, fué la excesiva cantidad de nombres que se encontraron en las papeletas.

Hubo hasta 3,000, si no nos es infiel la memoria.

El 2 de julio sabemos que ha habido tambien exceso de candidaturas; pero no han alcanzado ni con mucho á aquel guarismo prodigioso.

Como la tendencia se pronunciaba en favor de los representantes del comercio y la industria, de la ciencia económica, en una palabra, de todo lo que constituye la práctica de los negocios, con exclusion hasta cierto punto de la idea política, hemos visto en las alocuciones á los electores fijadas en las esquinas los nombres de varios industriales conocidos en Paris como el fabricante de chocolate Menier que, posposamente se ofrecia á aceptar el cargo de diputado. En este orden de cosas, habria sido curioso ver aparecer entre los pretendientes á la diputacion los nombres célebres en las crónicas de la Moda, como por ejemplo, Worth, el afamado inventor de trajes femeninos que ha derrocado á las modistas parisienses, Guerlain, el perfumista de la sociedad aristocrática, Boissier, ó su sucesor, el confitero del mundo elegante, etc., etc. Afortunadamente la sensatez del cuerpo electoral no permite tales excentricidades.

Sin embargo, siempre en las elecciones de Paris hay como si dijéramos una punta de extravagancia; pero pertenece al dominio de la política y acusa intenciones que no son menos palpables porque se presentan con un carácter de burla.

Nos referimos á esos votos perdidos que se dan á ciertos personajes fuera de juego por electores que comprenden de este modo tan original sus deberes de ciudadanos.

Durante muchos años habia un obstinado elector que invariablemente, en todas las elecciones, daba su voto á Abd el-Kader.

El 2 de julio ha habido como de costumbre varias candidaturas del mismo jaez que han reunido en todo Paris de 1 á 20 votos.

Hé aquí su enumeracion, tal como la hallamos en el periódico *la France*:

Adolfo Adam.	De la Moskowa.
Blauqui.	Murat.
Bazaine.	Milliere.
Castaing.	Maret (Enrique).
Andrés Cochut.	Jérôme-Napoléon.
Crémieux.	Louis Napoléon.
General de Failly.	Ollivier.
Courbet.	Denis Poulot.
Jérôme David.	Eduardo Portalis.
Le pere Duchene.	Piat.
Duruy.	Pietri.
Germer Baillere.	De Persigny.
Paschal Grousset.	Rossel.
Gagne.	Tridon.
Lacordaire.	Taxile Delord.
El gendarme.	La Cécilia.
Leplanquais.	

Pero dejando ya esta digresion á propósito de las extravagancias electorales, diremos en conclusion, que el resultado

del escrutinio del 2 de julio en toda Francia no puede considerarse de otro modo que como la confirmación de lo existente, ó sea el mantenimiento de la República con arreglo al programa de M. Thiers. Los partidos monárquicos han sido vencidos tan completamente como lo fueron en las elecciones municipales que precedieron á las de diputados.

Ahora se trata de saber si lo provisional podrá llegar á ser definitivo; y aquí entran las divergencias y las dudas. M. Thiers ha dicho en la Cámara que de la conducta de los republicanos depende que la prueba del sistema actual hecho con lealtad se consolide. Téngase pues presente la advertencia ó consejo del jefe del poder ejecutivo, y es seguro que sean cuales fueren las aspiraciones de la mayoría de la Asamblea, se le quitará la posibilidad de encontrar pretexto para derrocar el presente orden de cosas en favor de la monarquía.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

LA MUJER.

Pobre flor, del insecto codiciada,
Que pretende su cáliz libar;
Flor nacida en la tierra malhadada,
Flor nacida tan solo para amar.

Flor mecida del céfiro ligero
Que la brinda con ósculos de amor:
Flor que mueve su tallo lisonjero
Entre bellos pensiles de verdor.

Flor que el *sirio* volcánico marchita
Robándola sus galas y placer;
Flor que el cierzo invernal, cruel agita;
Flor que el mundo desea, es la *mujer*.

Nace pura cual aura en primavera
Perfumada de esencias de clavel,
Y anímase del siglo en la pradera
Regocijando al dallador infel.

Crece en fin cual la rosa en donosura
Que entreabre su cáliz virginal,
Y se goza en la célica hermosura
De su brillo vivísimo el mortal.

Y la infancia sus gracias atesora,
Y en capullo demuestra su primor,
Como en sombras bellísima la aurora
Ostenta dulcemente su fulgor.

Viene luego la fresca adolescencia
Cercada de placeres é ilusión,
Y se ciñe de encantos su existencia
Para ceder á terrenal pasión.

Al yugo dulce del amor somete
Su tierno seno do el halago está,
Y sin que nada su ventura inquiete
Ríndese al punto á quien feliz la hará.

En los sueños de su edad florida
Juzga constante á quien amor juró,
Y al pecho de otro sér fuerte rendida,
Se goza en las visiones que creó.

Forja una vida de ideales bieres
Que solo existen en su mente audaz,
Y orna con mirto sus graciosas sienes
Do brilla el fuego de pasión veraz.

Al que le ofrece su cariño, entrega
Su pecho doblegando la cerviz,
Y en el amor que la juraron, ciega
Se cuenta desde entonces por feliz.

¡Desgraciada! ¡Que ignora que es mentira
El amor que la juran fermentados,
Y que el hombre mundano solo aspira
Á trastornar de pronto sus sentidos!

Porque es el hombre el insectillo aleve
Y la *mujer* la rosa del pensil,
En cuyo cáliz las dulzuras bebe
De la edad ardorosa y juvenil.

¡Ay, si al beberlas su pureza empaña
Y le roba el candor de serafín!
¡Ay, si el cariño del amante engaña,
Y se descubre su vileza al fin!

Entonces el mundo á la *mujer* condena,
Y el seductor con singular desden
En vez de mitigar su acerba pena,
Contra la triste se volvió también.

Pesa la infamia como yerto plomo
Sobre aquel rostro do el rubor se ve,
Y de la afrenta el formidable asomo
Presta á la envidia poderoso pié.

Esclava siempre del que ser debía
Su apoyo dulce en nuestra vida atroz,
Por pasajera y fragil alegría
Pierde de golpe su prestigio y voz.

Ama, y si débil su pasión declara
Mófanse todos de su ardiente afán;
El mismo objeto su baldon prepara,
Y sus goces las lágrimas serán.

Aunque sea inocente, por mundana
La juzgan todos sin tener piedad,
Solo porque su pena tan insana
Quiere expresar con sincera verdad.

Es preciso que sufra, aniquilando
Entre largos pesares su vivir,
Sin disfrutar del reposar, que blando
Endulza la existencia hasta morir.

Es preciso que gima silenciosa
Si estima su decoro con sufrir,
Porque será muriendo virtuosa,
Porque su dicha es siempre un porvenir.

Tormento roedor, silencio amargo,
Fantasmas de este mundo antisocial
Sácanla fieros del feroz letargo
En que se mira por su crudo mal.

¡Pobre infeliz! su sexo que es el mio
Me mueve á defenderla con placer,
Mas al hacerlo se desmaya el brio,
Porque recuerdo que soy también *mujer*.

AMALIA FENOLLOSA

El regalo de boda.

I.

Parece que la naturaleza entera se ha conjurado contra mí; apenas hay un solo día en que pueda sacar del fondo del mar mi triste sustento.

— No seas malcontento, Walrico, llevas ya mas porción de ostras que cuatro de nosotros.

— Es verdad; pero también lo es que trabajo para tenerlas mas que ocho, y por cierto que no sé por qué sea tanto afán, porque tú no tienes ningún estímulo: eres solo, sin mujer á quien amar, sin hijos...

— ¿Qué te importa? le dijo con fuerza Walrico.

— No lo digo por mal; pero quisiera que los tuvieses para que templasen ese mal humor que te hace parecer lo que no eres.

— ¡Mas sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena!

Walrico y su compañero recogieron su pesca y enderezaron á la parte baja de la ciudad.

No bien hubieron entrado en las chozas que les daban abrigo, cuando el primero de los dos pescadores, acechando los pasos de su compañero y observando que habia cerrado la suya, tomó un traje que le hubiera hecho parecer superior á su clase si la fealdad de su rostro, la poca nobleza de su semblante, un conjunto, en fin, de fácciones repugnantes no hubieran desmen-

tido á su vestido. Una frente estrecha, que por su pequeñez redondeaba la cara que dos megillas proeminentes hacían ya bastante esférica, acompañaba en rareza á una nariz que imitaba con exactitud la curva de una coma vuelta al revés. Esta rara figura disfrazada como hemos dicho, volaba por las calles de la ciudad: en breve se vió en su parte opuesta y acercándose á una puerta unió las dos manos delante de la boca é imitó un sonido bastante parecido al graznido de un cuervo.

Este ruido hizo abrir instantáneamente una puerta y produjo á la vez la aparición de un ángel: el hombre, sin pronunciar palabra, se adelantó hácia una sala baja y desembozándose atrajo á sus brazos al ser que le habia dado entrada.

— Dios salve tu inocencia, Ina, Dios le conserve á tu padre su felicidad.

— Bien venido seas, padre mio.

— Acércate que yo purifique mis labios sobre tu frente, que yo pueda comprender toda la grandeza de Dios considerando su obra; que yo pueda alabar su justicia al ver que me hace tan feliz en este momento... ¡á mí tan infeliz! ¡Oh! y ¡cómo sabe pensarlo todo ese Dios que todo lo preve!

— No lo encuentro yo así, padre mio, yo que no tengo mas que felicidades que contar, cuando os oigo hablar de penas, ¿qué motivo hay para que vos las tengáis y esté yo exenta de ellas?

— No, mi ángel, no, ninguna tengo si estoy seguro de que nada te ha sucedido: cuando estoy fuera de tu lado padezco angustias mortales creyendo que algo te puede acontecer...

— Y ¿qué podría sucederme, padre mio?

— Hija mia, nada hay peor que el hombre en este mundo... ¡su mirada sola mancha!...

Un color vivo animó el semblante de la bella Ina.

II.

Surcaba ligero un pequeño esquife el estrecho golfo ó ensenada que separa la villa de Harfleur de la del Havre de Gracia: el viento parecía favorecer á los que navegaban en él. En breve tocó la orilla la nave y saltó de ella un esbelto mancebo, cuyo traje, aunque cubierto en parte por un corto ferreruelo daba á conocer la opulencia del que lo vestía: ya estaba en tierra, como hemos dicho, y esperaba impaciente que una dama que también venía en el esquife hiciera lo mismo; pero no sucedía así.

La dama sin prestar atención al ruido que en torno de ella se hacia, permaneció en su primera posición: oculto el rostro entre sus manos y apoyadas estas en el borde del esquife parecía entregada al sueño. El mancebo, entrando de nuevo en él la tomó una mano y con una suave violencia se hizo seguir. Su compañera alzó el rostro y dejó ver á la luz de la luna que no era el sueño lo que causaba su inmovilidad: las lágrimas que caían en abundancia sobre sus megillas de alabastro daban á conocer su aflicción. El joven caballero ciñendo su delicada cintura con un nervudo brazo, le dijo sonriendo:

— No llores, Ina, no llores, tú no tienes una idea del porvenir que te espera, no lejos de aquí, en las cercanías de Ruan, te abre sus puertas un palacio donde el placer llenará las horas que ocupabas en el fastidioso cuidado de un viejo.

— Sí, pero ¿quién ocupará su tiempo? ¿quién convertirá sus horas de fastidio en horas de placer! ¡Ah! Cedrik, yo os debo amar mas de lo que sé cuando os sacrifico la felicidad del ser que me idolatra.

Un paje que les salió al encuentro interrumpió esta conversación: el joven Cedrik le siguió con su compañera y en breve, montando dos yeguas de la primitiva raza normanda se alejaron de la costa.

III.

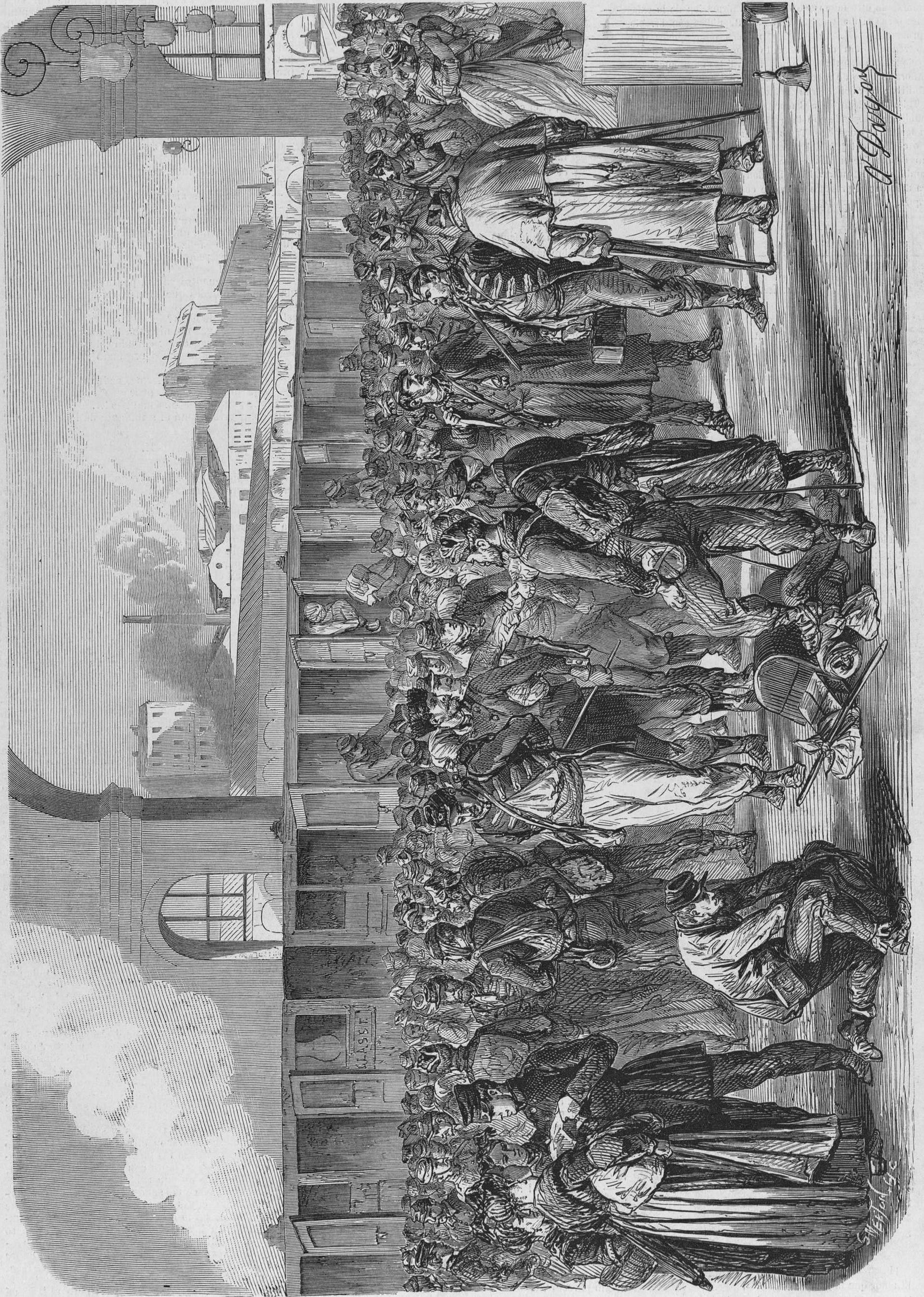
El alba empezaba á rayar al horizonte por entre negros nubarrones cuando Walrico despertando como de una pesadilla lanzó un grito que resonó en las vecinas paredes: sentado en el lecho examina con la vista su estancia y poco á poco se convence de que todo ha sido sueño.

— ¡Miserable, no te acuerdas que ya no eres mas que el pescador Walrico...! aun te queda oro, pero ¿dónde está tu gloria, dónde tu honor? otro mas dichoso se sienta en el trono de tu condado. ¡Harfleur tiene otro señor! una sola cosa te queda en este mundo... pero calla, no lo digas en voz alta, no te la roben... ¡Ina!... ¡Ina!... ¡Qué infeliz sería Walrico si no fuera tu padre!...

El pescador toma sus vestidos y se dispone á salir, pero antes quiere respirar el aire que circunda al ídolo de su corazón, atraviesa las piezas que separan su habitación de la de su hija, abre con precaución su puerta, aplica el oído; pero ningún ruido se deja oír.

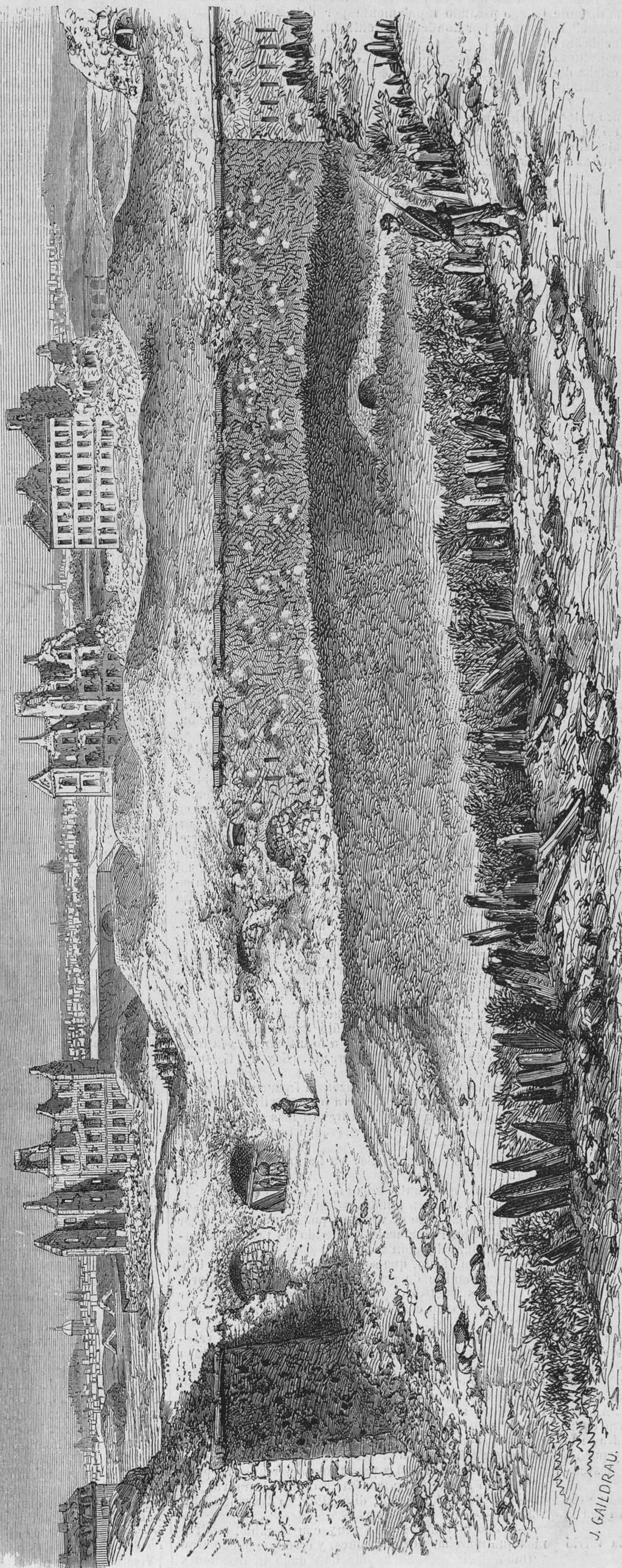
— Duerme, dice, con el sueño de la inocencia, y acercándose al lecho, cuyas cortinas corridas impedían que su vista penetrara en lo interior, se arrodilla y ora: quisiera imprimir un beso sobre la frente de su hija, pero teme despertarla: se separa, en fin, del lecho con violencia y cierra aun mas la doble cortina que lo cubre para que los rayos del sol no penetren hasta su Ina, cuando este astro se haya alzado sobre el horizonte.

Sale del cuarto y atraviesa el jardín; pero al llegar á la puerta secreta que le da salida le sorprende hallarla abierta: un rayo no es mas veloz que Walrico. Ya está



A. Dargatzis

Llegada de un tren de prisioneros procedentes de Alemania.



Estado actual del fuerte de Issy. — La brecha.

de vuelta, en la estancia donde está guardado su tesoro : reina allí el mismo silencio, quiere cerrarla y retirarse, pero antes desea tranquilizarse : corre á la cama, abre suavemente la cortina para no asustarla ; pero !... ; Oh sorpresa ! el lecho está vacío... el feroz sajon lanza un rugido y se precipita sobre un objeto que se presenta á su vista... ¡ era un puñal ! Aferra el rico cabo que le adorna y descargando golpes á diestro y siniestro hace mil pedazos la blanda pluma que sirvió de apoyo al delicado cuerpo de Ina y la dura tabla que la sostenia. Corre frenético por la estancia ; examina cuidadoso debajo de los muebles mas pequeños, por ver si encuentra escondido lo que busca ; salta al jardín y se lanza sobre su propia sombra que pinta en el muro la luna que se esconde. El puñal ha cedido á tanta violencia : un resto del fino acero queda unido al mango. Walrico sale del jardín y corre por el campo, sin que nada se escape á su furor : el infeliz que encuentra al paso es víctima de su desesperacion : el viejo y el niño, el bruto y el hombre todos son iguales á su vista, la idea sola de hacer daño le domina, y si el cansancio no hubiese puesto término á sus fuerzas sus excesos no hubieran tenido límites.

La luz del sol que hirió sus párpados le hizo despertar. Vuelto en sí se encontró rodeado de árboles y con un roto puñal en la mano : su razon ofuscada no le permite recordar lo pasado. Sus lágrimas, sin embargo corren amargamente por entre su espesa barba... su memoria va adquiriendo fuerza... su alma, en fin, despierta y lanzándose furioso hubiera repetido la escena anterior si un abatimiento completo de fuerzas no se lo hubiera impedido. Nada puede hacer en aquel momento, pero recoge el resto de sus facultades mentales para hacer un juramento... DERRAMAR Á TORRENTES LA SANGRE HUMANA.

IV.

Mas de un año habia que el conde de Harfleur vivia lejos de esta villa, y parecia dormitar entre los placeres. El fastidio habia reemplazado á los festines y las delicias del amor habian sido sustituidas por una frialdad que no podia contrarestar toda la pasion de una mujer. La desgraciada Ina ponía en obra cuanto la imaginacion le ofrecia de mas grato y lisonjero para agradar á Cedrik, pero nada curaba su fastidio : la saciedad habia desterrado de su pecho al amor y no omitia pretexto alguno para ausentarse semanas enteras. Las lágrimas de la desventurada amante servian mas para excitar su impaciencia que su compasion. Frecuentemente se le veia volar á su primitiva mansion y cuando volvia, la inquietud estaba pintada en sus ojos.

Las penetrantes miradas de un amante no podian menos que descubrir la nueva pasion que alimentaba el conde y sus celos le obligaron á tomar por sí una determinacion violenta : en una de las veces que Cedrik se habia ausentado y que por mas de un mes la habia dejado en completo abandono, hizo partir un criado fiel para que se informase del motivo que le retenia fuera de su lado.

No le fué difícil al escudero volver con las noticias que se le habian pedido : de nada se hablaba tanto en Harfleur como del próximo matrimonio entre el señor de la villa y la jóven viuda de Ethelrod : el conde pasaba á su lado todo el tiempo que podia robarle á la ya importuna Ina.

No bien supo esta la causa de la frialdad del conde cuando po-

J. GAILLARD.

niéndose en camino se dirigió al punto á la villa de Harfleur : la casa de la de Ethelrod no estaba distante del puerto y á ella enderezó sus pasos la desgraciada mujer. Despues de algunos momentos fué conducida ante la altiva condesa. La presencia de esta, su majestuoso mirar, lo severo de sus bellas facciones, todo estaba demostrando su carácter. Ina se arroja á sus piés y llorando la dice :

— Señora, un seductor me arrancó del regazo paterno, y despues de haberme engañado huye de mí y quiere estrechar en sus brazos á otra mujer... protegedme.

— ¿ Quién sois vos, y quién es ese seductor que os ha perdido?...

En aquel momento se abrió una puerta y el conde de Harfleur entró en la sala.

— ¡ Vedle ahí, señora.

— ¡ Cedrik! dijo la condesa.

— ¡ Ina! gritó el sajón.

Dos meses despues besando la mano de la condesa viuda, se despedía el enamorado Cedrik.

— Ya sabeis el precio que le pongo, no la obtendreis si no me otorgais *el regalo de boda* que os he pedido.

Cedrik besó nuevamente su mano y salió en silencio de la habitacion.

V.

« En la villa de Harfleur, hoy dia 20 de mayo manda mi señor y amo el conde Harfleur y de Jersai, etc., etc., se llame por pregon á aquel de sus vasallos que quiera merecer la honra de ejecutar lo que su justicia mandare hacer. »

Junto al tablado en que se hacia este pregon habia un hombre encogido de tal manera que difícilmente se podia conocer si lo era. El pregonero en el intervalo de uno á otro pregon, mas bien por solaz que por curiosidad se acercó á él, y dándole con el pié le dijo :

— ¿ Quiéres servir de verdugo ?

El hombre alzando un rostro disforme y revolviendo en órbitas dos ojos que parecian querer salirse de ellas escuchó por segunda vez la interpelacion.

— ¿ Para qué ? respondió con ronca voz.

— Para matar á quien te se mande.

— ¡ Para matar!.. Sí quiero, y ¿ por qué precio ?

— Ninguno.

— ¡ Ea ! marcha adelante.

— Idiota, le dijo un hombre al ser que antes describimos, hoy tienes en que recrearte, porque jamás habrán tocado tus manos un cuello mas blanco que el que dividirá tu hacha.

— ¡ Hum !

— Aquí tienes esa fuente de plata.

— ¡ Hum !

— En ella colocarás la cabeza de una mujer.

— ¡ Hum !

— La cubrirás con ese adorno que dice *regalo de boda*, y cuando se presente un criado á tomarle le dirás la lleve á la condesa de Ethelrod.

— ¡ Hum !..

— Escucha, se me olvidaba decirte... yo mismo te conduciré la víctima : si tú vieres que se resiste haz tu deber.

— ¡ Hum !

Pocos momentos habian pasado cuando el mismo hombre hizo crujir de nuevo la puerta, y entró por segunda vez en el cuarto del verdugo.

— ¿ Dónde me llevais con esa violencia ? exclamó una mujer que obedecía á su fuerza.

— Os he dicho que debéis morir : acusada de envenenamiento, vuestra sentencia ha sido pronunciada.

— ¡ Oh ! Cedrik, Cedrik, tú sabes que soy inocente, que preferiria mil veces ese tajo á la corona si para haberla hubiera menester ofenderte con el pensamiento... ¿ Es ese el pago que me das por tanto sacrificio ? ¿ Qué se ha hecho tanto amor que me juraste ?

— Tú lo has convertido en odio.

— ¿ Y esa fe que me prometiste ?

— Tú has faltado á ella.

— ¿ Do está el altar en que me ofreciste recompensar la pureza de mi pasion ?

— ¡ Allí !.. dijo señalando al tajo...

— ¡ Oh Dios mio ! ¡ Dios mio !..

— Verdugo, haz tu deber, dijo el hombre y desapareció.

Entre tanto el verdugo, inmóvil, parecia padecer en aquel momento uno de los enagenamientos que le acometian con tanta frecuencia : la voz de su amo le sacó sin embargo de él, y acercándose á su víctima la ligó fuertemente por la espalda, y arrastró al lugar del sacrificio. La violencia que empleó para esta operacion habia hecho romper los broches que prendian su traje, y su espalda quedó medio descubierta. Walrico se prepara á descargar el hacha, y para ello mide con cuidado el cuello de la infeliz... pero dando un grito de sorpresa la arroja lejos de sí : coge entre sus manos el rostro de la desventurada y exclama : ¡ Ina !.. ¡ Ina !.. Apenas Ina puede reconocerle : su turbacion y el trastorno completo que habia sufrido la fisonomía de su padre se lo impiden : las caricias de este la vuelven en sí, y puede, en fin, mezclar á su llanto la narracion de sus desventuras.

Los ojos del sajón brotaban fuego á medida que oia la triste historia : acabada esta hizo entrar á Ina en la habitacion contigua donde tenia su lecho.

— Espérame aquí, le dijo, y cerrándola en ella volvió á empuñar el hacha.

No hubo trascurrido mucho tiempo sin que Cedrik se

presentase á saber si estaba hecha la operacion. El verdugo pasando rápidamente por detrás de él, cerró la puerta por donde habia entrado.

VI.

Señora, dijo un criado, el escudero de Cedrik quiere hablaros.

— Hacedle entrar.

— Mi amo os cumple lo prometido y os envia *el regalo de boda*.

El pecho de la condesa se hinchó de gozo, y con el rostro radiante de alegría dijo :

— Dejádme sola un momento.

Dos horas despues sus criados la encontraron muerta... junto á ella estaba la cabeza de un hombre nadando en sangre en una fuente de plata, cuya cubierta caida en el suelo decia : EL REGALO DE BODA.

F. F. DE C.

Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion — Véase el número 964.)

— De seguro que lo dirán, respondió el secretario.

— Pues bien, escuchad con atencion, dijo el verdugo ; si esos papistas se apoderan del gobierno y principian á hervir y asar á las gentes en vez de ahorcarlas, ¿ qué será de mi empleo ? Y si suprimen mi empleo que forma parte de tantas leyes, ¿ qué será de las leyes en general ? ¿ Qué será de la religion ? ¿ qué será de Inglaterra ? ¿ Vais alguna vez á la iglesia, maese Gashford ?

— ¿ Alguna vez ? repitió el secretario con indignacion. ¿ Qué pregunta !

— Pues... lo mismo que yo, dijo el verdugo ; he ido á la iglesia tambien una ó dos veces, incluyendo el de que me bautizaron. Mirad, maese Gashford ; cuando mi dijeron que se iba á suplicar al Parlamento y me acordé del gran número de leyes de horca que se votaban en cada legislatura, me dí yo tambien por suplicado, porque ya comprendereis, continuó volviendo á coger el palo y agitándolo con ademán de amenaza, que malditas las ganas que tengo de que vengan á quitarme mi empleo protestante ni á que se cambie nada en la situacion actual, y haré cuanto pueda para impedirlo. No quiero que los papistas vengan á mezclarse en mis negocios, á no ser que recurran á mí para hacerse ejecutar con arreglo á la ley, ni quiero que cuezan, asen ni frian á las gentes, sino que se contenten con ahorcarlas. Milord tiene razon al decir que soy un hombre fiel. Para defender el principio protestante de ahorcar á docenas, me tendreis siempre dispuesto, y sabré quemar, combatir, matar y hacer cuanto me mandeis, por atrevido ó diabólico que sea, añadió dando golpes en el suelo con el palo, aun cuando á lo último me vea transformado de ahorcador en ahorcado. ¡ Soy un fiel protestante !

Habia acompañado como razon la frecuente prostitucion de la palabra protestante á los mas viles designios, vomitando en una especie de frenesí mas de veinte votos y blasfemias, y despues se enjugó la cara con el corbatín y gritó :

— ¡ No mas papismo ! ¡ Soy un fiel protestante, voto á Satanás !

Gashford, que continuaba arrellanado en la silla, le miraba con ojos tan hondos y tan oscurecidos por sus abultadas cejas, que el verdugo podia muy bien creer que era ciego. Permaneció sonriendo un rato en silencio, y despues dijo con voz lenta :

— Veo, en efecto, que sois un muchacho celoso, Dionisio, un hombre de gran precio, uno de los mejores de nuestros asociados ; pero os falta calma, os falta ser pacífico y manso como un cordero. Procurad enmendaros.

— Bien, bien ; lo veremos, maese Gashford, lo veremos. No tendreis que quejaros de mí, repuso el verdugo moviendo la cabeza.

— Confío en ello, dijo el secretario con el mismo tono amable y el mismo acento oratorio. Segun parece, en el próximo mes ó al menos en el de mayo, cuando se presente en la cámara el bill en favor de los papistas, tendremos que reunirnos por la primera vez. Milord tiene proyectado hacer una procesion por las calles para ostentar nuestra fuerza y para acompañar nuestra peticion hasta la puerta de la cámara de los Comunes.

— Cuanto antes mejor, dijo Dionisio lanzando otro voto.

— Como el número será muy considerable, tendremos que marchar por divisiones, y creo que puedo atreverme á decir, aunque no me han dado instrucciones terminantes sobre este punto, que lord Jorge es de pa-

recer de que vos seriais muy apto para jefe de una de esas divisiones, y yo participo de su opinion.

— Haced la prueba y vereis que milord no se equivocó, dijo el verdugo guiñando el ojo de una manera atroz.

— Sé que tendreis serenidad, continuó el secretario sonriendo y lanzando sus miradas cavernosas como al través de una tronera, que guardariais bien vuestra consigna y que os portariais con moderacion. Estoy seguro de que no llevariais vuestra columna al peligro.

— La llevaria, maese Gashford...

El verdugo iba á echarlo todo á perder, cuando el secretario se levantó precipitadamente, se llevó el índice á los labios y cogió la pluma en el momento en que entraba Juan Grueby desde la puerta.

— ¡ Otro protestante ! dijo Grueby desde la puerta.

— Que espere un momento, dijo el secretario con la voz mas amable ; estoy muy ocupado.

Pero Juan Grueby habia introducido ya al nuevo protestante, y no pudo cumplir el mandato.

El nuevo protestante era Hugo en cuerpo y alma.

XXXVIII.

El secretario se puso la mano delante de los ojos para defenderlos de la luz del quinqué, y durante algunos momentos contempló á Hugo frunciendo las cejas como si se acordase de haberle visto alguna vez, pero sin saber cuándo ni en qué sitio.

Su incertidumbre duró poco, porque antes de que Hugo hubiese pronunciado una palabra, dijo al mismo tiempo que retiraba la mano :

— Sí, sí, me acuerdo. Esta bien, Grueby, podeis retiraros... No os molesteis, Dionisio.

— Servidor vuestro, dijo Hugo cuando hubo salido Grueby.

— Gracias, amigo mio, respondió el secretario con amabilidad. ¿ Puedo saber el objeto de vuestra visita ? ¿ Nos olvidamos tal vez de pagar á vuestro amo ?

Hugo se rió al oír esta pregunta, y poniéndose la mano en el bolsillo del chaleco, sacó una de las proclamas, sucia y arrugada, y la dejó sobre la mesa, despues de aisar el papel y tratar de borrar los pliegues con la ancha palma de su mano.

— Os habeis olvidado esto, y ha caido en buenas manos como veis.

— ¿ Qué es esto ? dijo Gashford examinando el papel con aire de inocente sorpresa. ¿ En dónde habeis encontrado esto ? ¿ Qué significa ?

Algo desconcertado con esta acogida, Hugo dirigió una mirada interrogadora á Dionisio, que se habia levantado, y estaba tambien cerca de la mesa observando de reojo al criado del Maypole y manifestando causarle la mayor simpatia sus maneras y su exterior.

Creyéndose suficientemente autorizado con esta muda apelacion, Dionisio inclinó tres veces la cabeza como confirmando lo que decia Gashford :

— No, no sabe lo que significa, me consta que no lo sabe, juraria que no sabe lo que significa.

Y ocultando su perfil á Hugo con una de las puntas de su sucio corbatín, hacia guiños elocuentes y se burlaba detrás de esta careta admirando la conducta discreta del secretario.

— Supongo que dirá lo mismo á todos los que vengan á verle, dijo Hugo. No soy muy fuerte en lectura, pero se lo he entregado á un amigo, y me ha asegurado que decia esto y esto.

— Sí, es positivo, repuso Gashford abriendo desmesuradamente los ojos. En mi vida me habia sucedido cosa semejante. ¿ Cómo ha llegado esto á vuestras manos ?

— Maese Gashford, dijo el verdugo en voz baja, no he visto un mozo igual en todas las cárceles de Londres.

Sea que Hugo hubiera oído estas palabras ó hubiera adivinado por la sonrisa de Dionisio y la cara solapada de Gashford que se estaban burlando de él, tomó un continente grosero y osado, segun su costumbre, y dijo volviendo á tomar la proclama :

— Venga, pues ; no os desgañiteis en averiguar lo que dice este papel. Veo que no lo entendeis, que no lo entiendo yo... ni lo entiende este caballero, añadió lanzando una mirada á Dionisio. Nadie sabe lo que significa, ni si ha bajado de las nubes ; corriente. El caso es que yo queria alistarme contra los católicos, que soy anti-papista y estoy dispuesto á entrar en la asociacion. Por eso he venido.

— Incluídle en la lista, maese Gashford, dijo Dionisio con ademán de aprobacion. Así me gustan los hombres, francos y que vayan al asunto derechos como una saeta.

— ¿ De qué sirve gastar pólvora en salvos ? dijo Hugo

— ¡ Este mozo es mi propia imagen ! exclamó el verdugo. Hé aquí un soldado que honraria mi division, Gashford. Alistadle sin tardanza. Quiero ser su padrino, aunque para su bautizo sea preciso hacer una hoguera con los billetes del banco de Inglaterra.

El verdugo acompañó este testimonio de confianza y otros cumplimientos no menos lisonjeros con una buena palmada en el hombro de Hugo, que este le devolvió sin hacerse esperar.

— ¡ Abajo el papismo, hermano ! gritó el verdugo.

— ¡ Abajo la propiedad, hermano ! respondió Hugo.

— El papismo, el papismo, dijo el secretario con su habitual mansedumbre.

— ¿ Qué importa ? dijo Dionisio. Allá se van las dos cosas. Mi amigo tiene razon. ¡ Abajo todo el mundo ! ¡ Viva la religion protestante !

El secretario les contempló con una expresion de fiso-

nomía muy favorable mientras soltaban la rienda á todas estas demostraciones de sus sentimientos patrióticos, é iba á hacer alguna advertencia en alta voz, cuando el verdugo se acercó á la silla de Gashford, le tapó la boca con la mano, y le dijo al oído con voz ronca mientras le tocaba con el codo:

— No le digáis que soy un funcionario constitucional. Sabéis que existen preocupaciones populares, y quién sabe si le gustaria poco saber el negocio en que me ocupo. Esperad que seamos amigos mas íntimos. Es un mozo de chapa ¿no es cierto?

— ¡Un moceton como un pino!

— ¿Habeis visto jamás, maese Gashford, dijo el verdugo con la admiración salvaje y monstruosa de un hontote hambriento mirando á su amigo íntimo, habeis visto jamás un cuello como el suyo? (Entonces se acercó mas al oído del secretario ocultando la boca con las dos manos.) Miradlo, miradlo. ¡Qué cuello para darle dos vueltas con la cuerda!

El secretario aprobó esta opinion con toda la gracia posible, pero hay goces de inteligente que no pueden simularse con éxito no siendo del oficio, y despues de hacer al candidato un pequeño número de preguntas poco importantes, procedió á su alistamiento como miembro de la grande Asociacion protestante de Inglaterra.

Si alguna cosa hubiese podido superar la alegría que causó al verdugo la feliz conclusion de esta ceremonia, hubiera sido el alborozo con que escuchó la declaracion que hacia el nuevo socio de no saber leer ni escribir.

— Estas dos ciencias ¡voto al diablo! decia el verdugo, son la peor maldicion que pueda echarse á una sociedad civilizada y causan mas perjuicio á los emolumentos personales y á las ganancias de la gran profesion constitucional que tengo la honra de ejercer, que todos cuantos azotes ha podido cambiar Dios como castigo al mundo.

Habiéndose verificado el alistamiento en forma y despues de enterar Gashford á su manera al neófito de las miras pacíficas y estrictamente legales de la corporacion á que ya tenia la honra de pertenecer, durante cuya ceremonia el verdugo tocó con frecuencia á Gashford con el codo y le hizo diversas muecas significativas, el secretario les manifestó que deseaba quedarse solo.

Los dos nuevos amigos se despidieron de él al momento y salieron juntos de la casa.

— ¿Quereis dar un paseo, hermano? le preguntó el verdugo.

— Vamos adonde gusteis, respondió Hugo.

— Hé aquí lo que se llama un buen amigo, dijo el verdugo. ¿A dónde iremos? ¿Quereis que vayamos á echar una ojeada á las puertas donde debemos armar broma algun dia? ¿Qué os parece?

Habiendo aceptado Hugo la oferta, se dirigieron hácia Westminster donde las dos cámaras del parlamento estaban entonces reunidas en sesion, é internándose por entre los coches, los caballos, los lacayos, las sillas de mano, los mozos de cordel y los vagos y ociosos de toda ralea, recorrieron las cercanías.

El nuevo amigo de Hugo le indicó de una manera significativa las partes débiles del edificio, le explicó que era muy fácil penetrar en el corredor y desde allí hasta la misma puerta de la cámara de los Comunes, le hizo ver por fin que cuando avanzasen en masa, sus alaridos y sus aclamaciones llegarían fácilmente hasta los oídos de los miembros del parlamento, y añadió otras muchas observaciones análogas que escuchó Hugo con el mayor gusto.

El verdugo le dijo el nombre de algunos de los lores y de los individuos de la cámara de los Comunes á medida que entraban y salían, le explicó si eran amigos ó enemigos de los papistas, y le aconsejó que se enterase de sus libreas y sus coches para no equivocarse en caso de necesidad. Algunas veces le arrastraba hasta cerca de la portezuela de una carroza que pasaba para que pudiera ver la cara del dueño á la luz de los reverberos, y en una palabra, bajo el doble punto de vista de las personas y las localidades demostró estar tan bien enterado, que Hugo quedó completamente convencido de que Dionisio habia hecho de aquel sitio un objeto de estudios anteriores, y efectivamente, no tuvo este dificultad alguna en confesárselo cuando con el tiempo se hicieron sus relaciones mas confidenciales.

Pero lo mas notable de lo que allí se veia era el número de personas, nunca en grupos de mas de dos ó tres juntas, que parecían permanecer ocultas entre la multitud con idéntico motivo. Para la mayor parte de estas personas un ligero movimiento de cabeza ó una simple mirada del compañero de Hugo era un saludo suficiente, pero de vez en cuando, un hombre cruzaba por entre la multitud, se detenía cerca de Dionisio, y sin volver la cabeza ni parecer que hablaba con él, le decia al oído una ó dos palabras. Despues se separaban como si no se conociesen. Algunos de estos hombres volvían á aparecer con frecuencia cerca de Hugo, y al pasar le estrechaban la mano, ó le miraban con ademán expresivo, pero sin decirle una sola palabra.

Era muy notable tambien que cuando se arremolinaba la gente y Hugo bajaba por casualidad la vista, estaba seguro de ver un brazo que se alargaba por debajo del suyo á veces y á veces por delante de él para deslizarse un papel en la mano ó en el bolsillo de un espectador, y despues se retiraba tan repentinamente que era imposible decir á quién pertenecía, así como tampoco podia Hugo, dirigiendo en torno suyo una rápida mirada, sorprender en ningun rostro la menor confusion ni sorpresa. Con frecuencia pisaba papeles iguales al que

llevaba en el bolsillo, pero su compañero le decia al oído que no lo tocara ni aun lo mirase, y dejándolo en el suelo continuaban su camino.

Cuando hubieron recorrido la calle y todas las cercanías del edificio durante unas dos horas, se alejaron de allí, y Dionisio le preguntó qué era lo que pensaba de lo que acababa de ver, y si estaba dispuesto para alguna bullanga en caso de que la hubiera.

— Cuanto mas terrible mejor, dijo Hugo; estoy dispuesto á todo.

— Yo tambien, respondió el verdugo, y somos muchos.

Entonces se dieron un apretón de manos acompañado de un voto terrible y de imprecaciones espantosas contra los papistas.

Como tenían sed, Dionisio propuso ir á hacer una visita á la taberna de la Cuba donde habia excelente tertulia y licores fuertes. Hugo no se hizo de rogar, y se dirigieron á aquel templo de Baco sin perder un momento.

La tal Cuba era un establecimiento público situado en el campo, á espaldas del hospicio de Expósitos, sitio muy solitario en aquella época y enteramente desierto al caer la noche.

La taberna estaba distante de las calles principales, y se comunicaba con la ciudad por un callejón estrecho y sombrío, de modo que Hugo se sorprendió al encontrar en ella una concurrencia numerosa, pero fué mayor su asombro cuando reconoció en aquellas gentes todas las caras que habian llamado su atencion entre la multitud. Sin embargo, como el verdugo le habia advertido en voz baja antes de entrar que seria poco político en la Cuba reparar en los parroquianos, se quedó para sí las reflexiones y manifestó que no conocia allí á nadie.

Antes de llevarse á los labios el licor que les habian servido, Dionisio brindó en voz alta por lord Jorge Gordon, presidente de la grande Asociacion protestante, y Hugo correspondió á este brindis con el mismo entusiasmo.

Habia en la taberna un violinista que parecia desempeñar el cargo de trovador oficial de la concurrencia, el cual se puso á tocar inmediatamente un canto guerrero de Escocia, y lo hizo con tanta destreza, que Hugo y su amigo, que ya se habian colado en el estómago dos ó tres vasos, se levantaron de sus asientos como de comun acuerdo, y con grande admiracion de los parroquianos formados en círculo ejecutaron una improvisacion coreográfica, el baile de « No mas papismo. »

XXXIX.

No habian cesado aun los aplausos que el baile ejecutado por Hugo y su nuevo amigo arrancó á los espectadores de la Cuba, y los dos danzantes estaban aun sin aliento á causa de sus cabriolas que habian sido de un carácter de los mas violentos, cuando la concurrencia recibió un nuevo refuerzo. Era una seccion de los Perros de presa Unidos que merecieron una acogida muy lisonjera de distincion y respeto.

El jefe de esta cuadrilla poco numerosa (se componia de tres) era nuestro antiguo amigo Simon Tappertit que parecia, físicamente hablando, que se habia achicado en vez de crecer con los años, particularmente en cuanto á sus piernas que eran unas verdaderas cañas; pero en cuanto á la parte moral, á la dignidad personal y al aprecio de sí propio habia adquirido proporciones gigantescas.

No era preciso ser muy observador para descubrir estos sentimientos en el ex-aprendiz, porque no tan solo los ostentaba de modo que causaran impresion y no diesen lugar á duda alguna, con su actitud majestuosa y su mirada fulminante, sino que habia encontrado además un medio excelente de revelacion en su nariz remangada que parecia afectar el mas profundo desden hácia todas las cosas de la tierra y no queria entrar en comunicacion mas que con el cielo, su patria.

Simon Tappertit, como jefe ó capitán de los Perros de presa, iba acompañado de sus dos lugartenientes; el uno era el largo compañero de su vida juvenil, y el otro el antiguo aprendiz Marcos Gilbert. Estos caballeros, lo mismo que su jefe, se habian emancipado ya de su esclavitud de aprendices y servian como obreros, pero en su humilde emulacion del grande ejemplar que tenían á la vista eran almas atrevidas, audaces, y aspiraban á un papel distinguido en los grandes acontecimientos políticos. Por esta razon habian hecho alianza con la Asociacion protestante de Inglaterra, sancionada por el nombre de lord Jorge Gordon, y á esto se debia tambien su visita actual á la Cuba.

— ¡Caballero! dijo Tappertit quitándose el sombrero como lo hace un famoso general que se dirige á su tropa. ¡Feliz encuentro! Tambien á mí me ha honrado milord con sus atenciones.

— ¿Habeis visto á milord? preguntó Dionisio. Yo le he visto esta tarde.

— Mi deber me llamaba á las puertas de la cámara despues de cerrada la tienda, y le he visto allí, caballero, respondió Tappertit al mismo tiempo que se sentó con sus dos inferiores. ¿Estais bueno?

— Muy bueno para servirlos, dijo el verdugo. Os presento un nuevo hermano, apuntado en regla hoy mismo por maese Gashford. Hará honor á la causa porque es un valiente, una vena de mi corazón. Miradle: ¿no os parece que es un hombre que cumplirá con su obligacion? ¿Qué decís? gritó dando una palmada en las espaldas á Hugo.

— Que lo parezca ó no lo parezca, respondió Hugo

cuyo brazo hizo un molinete de borracho, soy el hombre que necesitáis. Aborrezco á los papistas, á todos, desde el primero hasta el último. Me aborrecen y los aborrezco, me hacen todo el mal que pueden y yo les haré todo el mal que pueda.

— ¿Habeis visto jamás un mozo como este? dijo Dionisio cuando se desvaneció el eco de la voz petulante de Hugo. Creedme si quereis, hermanos, pero aunque maese Gashford hubiese andado cien mil millas y alistado cincuenta hombres ordinarios, no habria hecho tan buena adquisicion.

La mayor parte de los circunstantes se adhirió implícitamente á esta opinion y manifestó su confianza en Hugo con inclinaciones de cabeza y miradas muy significativas. Simon Tappertit le contempló largo rato en su asiento como si suspendiera el juicio, despues se aproximó á Hugo para examinarle mas de cerca, y por último le cogió del brazo y le condujo á un extremo de la sala.

— Decidme, preguntó dando principio á su interrogatorio frunciendo las cejas, ¿no os he visto ya en alguna parte?

— Es muy posible, respondió Hugo con indiferencia, no lo sé, pero no seria extraño.

— No, pero es fácil comprobarlo, repuso Simon. Miradme bien: ¿me habeis visto alguna vez? Es probable que no lo habeis olvidado. Miradme, no tengais miedo; no os hace ningun daño. Miradme cara á cara.

La manera protectora con que Tappertit hizo esta pregunta añadiendo la seguridad de que no tuviera miedo divirtió muchísimo á Hugo, de modo que cesó de ver al hombrecillo que tenia delante cuando cerró los ojos en un acceso de risa tan estrepitosa que le daba convulsiones y dolor en el vientre.

— Responded, dijo Tappertit que comenzaba á impacientarse al verse tratado con tanta irreverencia, ¿me conoceis, muchacho?

— No, respondió Hugo, comprimiéndose con las manos los ijares. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! no, pero quisiera conoceros.

— Pues yo apostaria una moneda de siete chelines, dijo Tappertit cruzándose de brazos y mirándole cara á cara con las piernas muy separadas y sólidamente apoyadas en el suelo, que habeis sido dependiente del Maypole.

Hugo abrió los ojos al oír estas palabras y le miró con gran sorpresa.

— Y lo érais en efecto, continuó Tappertit. Mis ojos no han engañado nunca mas que á las muchachas lindas. ¿No me conoceis ahora?

— ¿Sois acaso?... balbuceó Hugo.

— ¿Aun no estais seguro? dijo Tappertit. Supongo que conoceis á Jorge Varden.

Hugo conocia en efecto al herrero y tambien á su hija Dorotea, pero no contestó.

— Recordareis quizás que cuando era aun aprendiz iba al Maypole á saber noticias de un vago que habia huido de su casa dejando á su pobre padre desconsolado. ¿Tampoco os acordais de eso?

— Sí, me acuerdo, dijo Hugo. Allí os veria.

— Sí, allí me visteis, dijo Tappertit. A no ser por mí no se hubiera hecho nada de provecho. ¿No os acordais que os creí amigo de aquel vago y que por este motivo por poco nos pegamos? ¿No os acordais además que, habiendo sabido que le detestabais mas que al veneno, os convidé á echar un trago? ¿No os acordais de eso?

— Sí.

— Bien. ¿Sois aun de la misma opinion?

— ¡Sí! gritó Hugo.

— Hablais como un hombre, dijo Tappertit, y os daré un apretón de manos.

Despues de este lenguaje el ademán siguió á la palabra.

Hugo correspondió amistosamente á Simon, y la ceremonia se llevó á cabo con demostraciones de franca cordialidad.

— Señores, dijo Tappertit mirando á todos los circunstantes con la mayor gravedad, os anuncio que el hermano... ignoro su nombre... y yo somos antiguos amigos... ¿No habeis oido hablar mas de aquel perdido?

— Ni una palabra, respondió Hugo. Tampoco lo deseo. Pero no espero oír hablar mas de él, porque creo que murió ya no sé dónde.

— Creamos en favor de la humanidad en general y de la dicha de la sociedad que ha muerto ya, dijo Tappertit frotándose las piernas con la palma de la mano que se miraba de vez en cuando. ¿Teneis la otra mano menos sucia? Es lo mismo. Bien. Os debo otro apretón, pero supongo que lo dareis por recibido.

Hugo volvió á prorumpir en locas careajadas, y se entregó tan completamente á su buen humor, que parecia que sus miembros iban á dislocarse y todo su cuerpo corria el peligro de estallar como una granada; pero Simon Tappertit, lejos de acoger con enfado este júbilo tan exagerado, se dignó tomarlo en buena parte, y hasta se asoció á su alegría en cuanto podia hacerlo un personaje tan grave y de categoría tan elevada que sabe la reserva y el decoro que debe guardar en todas ocasiones un hombre que ocupa una alta posicion.

Tappertit no se contentó con esto como hubiesen hecho muchos personajes públicos, sino que, llamando á sus dos subalternos, les presentó á Hugo con las mas lisonjeras recomendaciones, declarando que en los tiempos que corrian era un hombre digno de toda consideracion.

(Se continuará.)

Las ruinas de Paris.

NUESTROS GRABADOS.

Ruinas y mas ruinas. No estamos aun al cabo del album del incendio cuyas páginas presentamos á la contemplacion de nuestros lectores.

Hoy figuramos los restos de lo que fué en otro tiempo el Granero de Abundancia, los Docks de la Villete y la escalera del Tribunal de Cuentas.

Algunos arcos ruinosos, algunos trozos de pared que se levantan como fantasmas de escombros, hé ahí todo lo que queda del Granero de Abundancia, que se llamaba tambien Granero de reserva.

Situado este establecimiento en la orilla derecha del Sena mas abajo de la isla de San Luis, se encontraba en el lugar mismo del jardín del Arsenal, y por consiguiente cerca de la preciosa biblioteca que milagrosamente se ha salvado de las llamas.

En el incendio del Granero de Abundancia no hay que deplorar otra cosa que la pérdida material.

El arte era extraño á esa larga línea de cuatro grandes cuerpos de edificios que tenian entre sí cinco pabellones cuadrados. Construcción pesada y de un aspecto triste, que se habria podido tomar por una cárcel.

Se comenzó en 1807, bajo el primer imperio.

**

El palacio del malecón de Orsay, en donde estaban el Consejo de Estado y el Tribunal de Cuentas, era otra construcción del primer imperio.

Se levantó en 1810.

El emperador Napoleon I tenia proyectado instalar su ministerio de Negocios extranjeros.

Pero el emperador propone y el destino dispone.

Cuando se hundió el imperio en el naufragio supremo y definitivo de 1815, apenas habian salido de la tierra las obras que dirigia el arquitecto Bonard, obras que debia terminar la monarquía de julio.

Se ha ponderado mucho la arquitectura de ese alto, largo y pesado monumento, alabanzas en verdad muy exageradas, tanto por lo que toca á su fachada del muelle de Orsay, como por las entradas de las calles de Lille, de Poitiers y de Bellechasse, formadas de dos arcos altos y macizos que parecen arcos de acueductos.

Sin embargo, en el interior, el ornato era notable, pues se habian prodigado los adornos arquitectónicos y las pinturas.

Todo esto ha desaparecido.

Unicamente las gruesas paredes han quedado en pié. Los suelos, los tabiques, la techumbre, han caido, y la escalera de honor se encuentra en el peor estado, como puede verse en nuestro dibujo.

Por una felicidad inesperada los frescos de Chasseriau

que adornaban esta escalera se han librado de la destrucción. La gran pintura mural, *la Paz protectora de las Artes y de las Obras de la tierra*, ha quedado intacta. Si es un pronóstico, aceptamos el augurio.

Mas si la obra de Chasseriau existe, ¡qué de pérdidas irreparables á su lado! El *Napoleon legislador*, de Hipólito Flandrin, el *Presidente Duranty*, de Delaroche, el *Justiniano dictando sus decretales*, no son mas que cenizas.

Delacroix pintó su Justiniano cuando estaba imbuido

á la aldea, que habia sufrido pocas averías con el sitio prusiano.

No ha sucedido lo mismo en la guerra civil. Teatro de combates cotidianos y encarnizados, Issy debia naturalmente resentirse. Expuesto en primer lugar á las bombas de Chatillon y de Meudon cuando le ocupaban los federados, recibió luego los proyectiles de las murallas cuando entraron en Issy las tropas de Versalles.

Ha quedado en el estado mas deplorable.

Sus casas están hundidas, y las que no, deterioradas.

El presbiterio y el convento de Oiseaux han sufrido bastante; el liceo ha sido bombardeado, el seminario destruido, y el castillo incendiado.

El hospicio de los ancianos ha sufrido mucho tambien, y sus daños se calculan en mas de 400,000 francos.

En cuanto al fuerte, ya no merece tal nombre, pues no es otra cosa que un monton de ruinas.

Los cuarteles no existen; las casamatas demanteladas, parecen cavernas; las murallas están demolidas, habiendo un sitio en que ofrecen una brecha espantosa, una herida mortal.

Sabido es que el fuerte de Issy fué ocupado el 13 de mayo por el 38 de línea.

**

Dos palabras mas y concluimos.

Dos palabras para saludar la llegada de los prisioneros que figura el dibujo de la pág. 40.

Mirémoslos. Ahí está el *lignard* dispuesto á todo, el zuavo con su aspecto marcial, y el *turco* bronceado, esa cabeza infernal que no olvidarán nunca los prusianos de Wissemburgo. Ahí está el futuro carcelero de Reichshoffen, cuyas cargas en ese campo de batalla de uno contra cinco vendrán á ser legendarias y lo son ya; ahí está el soldado de marina y tantostros, de todos los regimientos y de todas las armas.

Hoy vuelven á su pais esos pobres soldados, ya sabemos de dónde. Cada día el ferro-carril del Este trae muchos de ellos.

Pero ¡qué cambiados!

Ya no se rien como en el tiempo de las batallas, al contrario, vienen muy sombríos. Su moral se ha deteriorado como su uniforme, que el tiempo y la miseria ha convertido en harapos.

C. P.



LAS RUINAS DE PARIS.

Aspecto interior del ministerio de Hacienda.

del estilo brillante y delicado de Bonnington, pocos años antes de 1830.

Habia representado al emperador vestido de blanco, con la misma rigidez de las aves quiméricas que se ven en los esmaltes y las miniaturas de la escuela bizantina.

Era en su género una obra maestra. Y nada queda, sino es un boceto.

**

Antes de subir al fuerte de Issy, echemos una mirada

lenguaje un medio de comunicar con facilidad los pensamientos, es evidente que todo animal que no vive absolutamente solitario, debe tener su lenguaje. Si lenguaje quiere decir coleccion de signos articulados, ó mas bien, coleccion de articulaciones y de voz, se complica mas la cuestion. Sin embargo, pueden servir para resolverla las siguientes observaciones esenciales:

1ª No es necesario tener un alfabeto completo para poseer un lenguaje, lo cual es evidente puesto que muchas naciones tienen letras y pronunciaciones exclusivas, por ejemplo, la *th* inglesa, la *u* francesa, la *f* española, *thtch* rusa, etc., etc. Luego si á cada pueblo en

Historia natural

EL LENGUAJE DE LOS ANIMALES.

Si se entiende por

lenguaje un medio de comunicar con facilidad los pensamientos, es evidente que todo animal que no vive absolutamente solitario, debe tener su lenguaje. Si lenguaje quiere decir coleccion de signos articulados, ó mas bien, coleccion de articulaciones y de voz, se complica mas la cuestion. Sin embargo, pueden servir para resolverla las siguientes observaciones esenciales:

1ª No es necesario tener un alfabeto completo para poseer un lenguaje, lo cual es evidente puesto que muchas naciones tienen letras y pronunciaciones exclusivas, por ejemplo, la *th* inglesa, la *u* francesa, la *f* española, *thtch* rusa, etc., etc. Luego si á cada pueblo en

particular le faltan lo menos treinta articulaciones sin perjuicio de su lenguaje, pueden muy bien los animales carecer de doble número. Basta que se tengan tres ó cuatro para que haya lenguaje.

2ª Poco importa que las articulaciones ó los sonidos sean producidos por el pulmón ó no, basta que sean orgánicos para que exista lenguaje.

3ª Porque nosotros no oigamos el ruido, los sonidos, ó algo de lo que se necesita para calificar su diferencia, no debe creerse que no existan ó que sean nulas sus diferencias.

4ª Nada indica que estos elementos de lenguaje que poseen los animales no puedan perfeccionarse algún día; porque se sabe que se perfeccionan ya por sí mismos, ó ya por nuestros cuidados, y es probable que la mejora de ciertos sonidos é ideas obrase en la del lenguaje.

El hombre mismo, tan ventajosamente dotado por la naturaleza, con respecto á voz no tiene tampoco naturalmente un lenguaje; y quizá en ciertas regiones han pasado siglos antes de tener un mediano alfabeto.

Se cree generalmente porque se escuchan los gritos de los pájaros desde lejos, y con poca atención, que producen siempre un mismo sonido, lo cual es un error. Los cuervos, según ha observado Dupont, producen veinte y cinco sonidos diferentes. Estos sonidos pueden muy bien servirles para comunicar sus ideas, y ser veinte y cinco señales para avisarse mutuamente con relación á sus necesidades.

El perro solo emplea en sus ladridos vocales, y alguna vez, cuando se encoleriza, la *s* y la *z*.

También el gato usa las mismas vocales que el perro, pero añade algunas consonantes, entre las que se marcan con mas evidencia la *m* y la *r*.

Sería imposible que los animales viviesen como viven en sociedad, si no tuviesen medios para entenderse y comunicarse sus ideas. Las hormigas se dan los avisos necesarios cuando se trata de robar las provisiones. Las golondrinas acuden todas para edificar con prontitud el nido de alguna hembra que va á poner y se ha deshecho por casualidad, y acuden llamadas por la misma hembra, que da gritos lastimeros. Las abejas se ayudan recíprocamente para sacar de la colmena los cadáveres de sus compañeras.

Dice un naturalista después de haber descrito la vida social, las trasmigraciones y las asambleas deliberativas de las hormigas:

« Nada de esto puede hacerse sin tener grandes medios para comunicarse las ideas, sin una lengua abundante y una extensa gramática. No tenemos nosotros la finura de oído suficiente para saber si las hormigas tienen un lenguaje oral; no han sido estas suficientemente disecadas, ni vistas con microscopios de bastante fuerza para que sepamos con seguridad que poseen el órgano del oído. Sin embargo, las he visto al sonar un ruido imprevisto, dar, parándose ó huyendo, signos de audición, aunque también puede ser que la sola vibración del aire haya producido estos efectos de temor sin necesidad de audición real. »

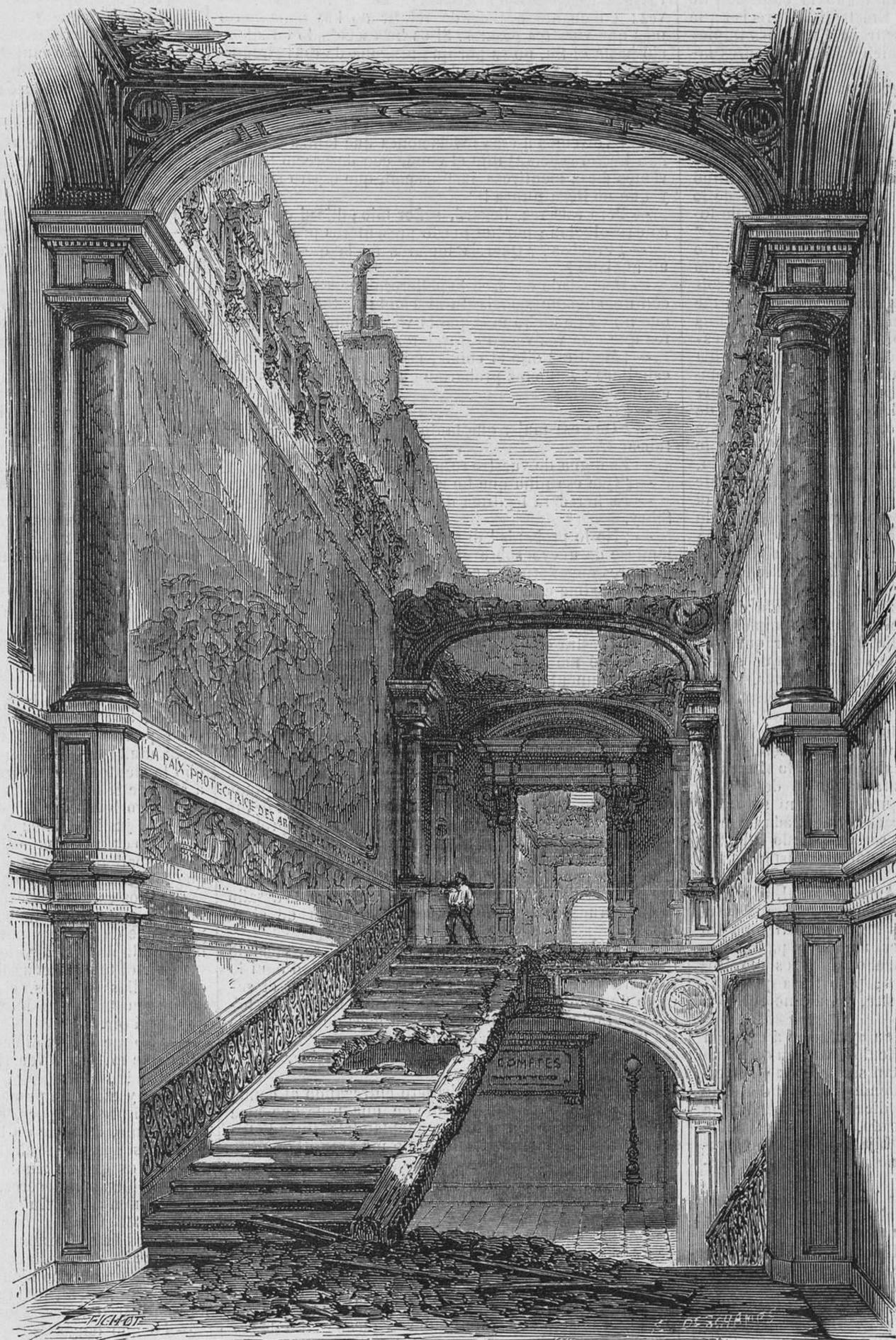
Los pájaros, como el hombre, tienen además del lenguaje hablado, el canto, que no es en la esencia mas

que una enérgica acentuación del discurso, producida, según algunos naturalistas, por la superabundancia del amor. Los pájaros no podrían sacar tan enorme fuerza de sus débiles músculos sino por un exceso de vida, cuyos elementos dan á su amor una violencia extraordinaria. En casos semejantes no basta amar, sino que es necesario añadir al pensamiento la energía de las entonaciones y del rhytmo. Esto ha originado la poesía y hecho músicos á los pájaros.

El gallo habla la lengua de sus gallinas, y después

Hay, sin embargo, aves que cantan sin dar ningún sentido á su canto, y solo por repetir y reproducir sonidos armoniosos, como sucede á la mayor parte de nuestras damas que cantan música italiana en los conciertos. Tales son el *papagayo*, que repite las palabras que oye, y el *burlon* de América, que abusa de la facilidad de su órgano para atraer los otros pájaros, cuyo canto imita, y después silba y se burla con sus compañeros en su lenguaje natural.

E.



LAS RUINAS DE PARIS.

La escalera de honor del Tribunal de Cuentas.

canta su valor y su gloria. El canario canta su amor y su talento. La alondra macho canta un himno á las bellezas de la naturaleza, y despliega todo su vigor cuando hiende los aires y se eleva á los ojos de la hembra que lo admira. La golondrina todo ternura y afecto, rara vez canta sola, sino en coro con los demás individuos de su familia; su voz tiene poca extensión, y sin embargo, su pequeño concierto es sumamente agradable.

El ruiseñor, el rey de los cantores, tiene tres clases de canto que manifiestan los diferentes estados de su pasión amorosa; y según esta, es su voz suplicante y tierna, satisfecha y alegre, ó tranquila y apacible.

centelleates sobre las facciones impasibles del caballero :

— ¡ Oh ! ¿ por qué no os maté ? ¡ oh ! ¿ por qué no me arrancásteis esta odiosa existencia ? ¿ era una venganza el darme la vida tres veces después de haberme desarmado otras tantas en aquel odioso desafío, al que á pesar tuyo supe arrastrarte, Amadeo Rieu ? ¡ Darás cuenta á Dios de la inaudita y refinada crueldad con que viéndome engañado por todos, envilecido y deshonrado, hasta me obligaste á que te debiera la vida ! »

Perdió enteramente la voz el anciano, y cayó casi desmayado sobre el sillón. Mientras escuchaba el vigo-

El orgullo

DE UN HOMBRE.

(Continuacion.)

« Mucho tiempo, como por lo comun sucede, fui yo el único que ignoró la verdad. Mientras pensaba excitar la envidia por las ventajas inapreciables que disfrutaba, me miraban con lástima, y una risa irónica acompañaba siempre las expresiones con que celebraban mi dicha. Llegó por fin el día en que noté las risas y los cuchicheos miserables de que era objeto : obligué á uno de los que de aquel modo me insultaban á revelarme la verdad, y entonces advertí el abismo en que me habia precipitado.

« Lo que en aquel primer momento sufrí, Dios solo y yo lo sabemos hoy : toda mi felicidad se hundió al mismo tiempo, el nombre que me envanecía estaba deshonrado por la mujer que lo disfrutaba conmigo ; aquel niño que iba á nacer, para los ojos del mundo ningún derecho tenía á usarlo ; y yo, infeliz orgulloso, no era mas que un viejo ridículo é imbécil que ni aun derecho tenía á compasión porque habia merecido mi suerte.

« Sabeis lo que sucedió entonces, añadió el conde con voz trémula y sorda bajando la cabeza ; necesitaba pruebas y no me faltaron.

« Una carta dirigida á cierta mujer, cuyo nombre no se escribía por una precaución risible, cayó en mis manos, revelando á un tiempo la mujer delincuente, el marido deshonrado y el hijo cubierto de oprobio antes de nacer. »

Detúvose aquí el conde de Sibry, cual si le hubiera sido imposible soportar el peso de tan horribles recuerdos, y después levantándose de repente en medio de un espantoso arrebatamiento de cólera, exclamó fijando sus ojos

roso apóstrofe con que el conde terminó su narracion, el caballero no había hecho ni el mas leve movimiento, como el hombre que habiendo dado fuego á una mina, cuya explosion se propone producir, espera tranquilamente sus efectos. Con todo, aprovechándose de aquel momento de silencio, dijo en su acostumbrado tono urbano y frio:

— Calmaos, señor conde, no podeis ignorar que esos recuerdos están tan frescos en mi memoria como en la vuestra, porque he tenido demasiado que sufrir de resultas de vuestras ciegas sospechas...

— ¡Ciegas sospechas! repitió el conde, recobrando al oír aquellas palabras toda su energía. ¿No han visto mis ojos escrita y firmada de tu mano la confesion de esos hechos, Amadeo Rieul? ¿Era tambien preciso que esa infame mujer, que se encontraba á mis piés implorando perdón, confesase tambien con sus impuros labios su crimen y el tuyo?

— Siempre os he afirmado que la señora condesa está enteramente inocente; muchas veces os lo he jurado por el honor...

— ¡Calla! ¡Calla! exclamó el anciano irritado; demasiado sé que no economizas los juramentos, y aunque lo hagas, no por eso te creeré. Mejor es, continuó con mas templanza, mejor es no acordarme sino de lo que ambos habeis hecho para ocultar á los ojos de todos la vergüenza secreta que me agobia.

«Aquel desafio con un hombre á quien por tanto tiempo llamé mi amigo, habia causado extraordinario escándalo. No tengo reparo en confesarlo á vos que sois la causa principal de todos los males: varias veces me ocurrió el pensamiento de ejercer sobre vosotros una terrible venganza. Quería envolver en un comun y espantoso castigo á la mujer delincuente que me habia deshonrado, al miserable sér que iba á usurpar un nombre y una opulencia que no le pertenecían, y al infame que habia vendido mi amistad. Sí, concebí la idea de un crimen, de un asesinato, no sé de qué; y aun me estremezco algunas veces de noche cuando imagino lo que hubiera podido hacer, si no me hubieran favorecido, en el estado de humillacion á que me veía reducido. Me acordé, en fin, de que no era lícito dejar manchar el nombre de mis abuelos, aquel nombre inapreciable de Sibry, á que dieron tanta gloria. Entonces concebí una resolucion grande y enérgica, que, poniendo término al escándalo causado, debía desmentir plenamente la malignidad de los hombres.

» Eran conocidas en todas partes la violencia de las pasiones y la tenacidad inflexible de mis principios, por lo que despues del desafio nadie podia creer que una reconciliacion me fuese posible con aquel que segun decian me habia deshonrado. Propúseme, pues, enganar la opinión pública renovando con mi adversario las antiguas relaciones de amistad de un modo estrepitoso y solemne. Creí que desde el instante en que el conde de Sibry, despues del escándalo del desafio recibiera en su casa al hombre acusado de haberle vendido vilmente, le ofreciera su mano, le llamara su amigo delante de todo el mundo, ya no podia quedar duda ni sospecha ni aun en las almas mas suspicaces é inclinadas al mal. Juzgué que semejante sacrificio seria reputado superior á las fuerzas humanas, y acaso por eso mismo formé empeño en realizarlo.

» Me visteis á vuestros piés, Amadeo Rieul, á mí, el último representante de una familia casi soberana en el país que pisamos, y os dejásteis rogar largo tiempo sin acceder á mis súplicas. Si hubiera nacido de padres oscuros, la cólera me habria hecho ahogaros al oír vuestras hipócritas denegaciones; pero tenia que conservar el honor de una casa ilustre, y esto me obligó á ceder y humillarme ante vos.

» A este precio consentisteis en ayudarme á enganar el mundo y realizándose mis cálculos, vuestra continua presencia en mi casa parecia tan singular que las cabezas poco pensadoras, no pudiendo comprenderlo, lo explicaron á mi gusto. La maledicencia retrocedió, la opinión creyó haberse equivocado, y desde el nacimiento de la que nombran mi hija, cayó en tan profundo olvido lo pasado, que el nombre de Sibry se conserva enteramente puro.

» En cuanto á vos, indiferente á lo pasado, orgulloso acaso por haber contribuido en algo á ocultar una desgracia causada por vos, acabásteis por olvidar al anciano que habiais deshonrado. Mientras que viviais entre fiestas y regocijos, mientras que brillábais en el mundo con esa mujer que desprecio y con esa niña que aborrezco, yo, abandonado, desconocido, casi sin tener mas que amargos recuerdos en lo pasado y la desesperacion en el porvenir, privado de los tiernos sentimientos de familia y de todas las dulces sensaciones humanas, veinte años hace que arrastro una vida de infernales tormentos. En vano pedí á las pasiones políticas que divirtieran mis dolores; en vano quise enganarme á mí mismo cual habia conseguido enganar á las gentes; en vano he procurado deslumbrarme á mi propio al mismo tiempo que á los otros con el resplandor de las dignidades y de los honores, porque mi memoria siempre viva me repite que nada hay de comun entre los hombres y yo mas que el oprobio, y que esas consideraciones y respetos que se me atribuyen son usurpados. La máscara del disimulo que tengo precision de usar una hora cada dia á presencia de cuantos frecuentan el castillo, me aburre y me humilla; esas manifestaciones de afecto que tengo sin remedio que hacer á los que mas aborrezco, me inspiran hácia mí mismo un desprecio sin limites; en fin, entre todos habeis logrado que mi existencia sea tan triste, tan infeliz y miserable, que el último de los Sibry no espera

otro consuelo sino el de encontrar la muerte lejos de vosotros en medio del silencio y del abandono.»

Estos recuerdos habian agotado las fuerzas del anciano, por cuyas lívidas mejillas corrían arroyos de sudor cuando acabó de hablar, porque sus lágrimas estaban agotadas muchos años antes.

El caballero le escuchó sin que le conmovieran las injurias que se le dirigian, sin rechazar ninguna de las sangrientas reconvenções que se le arrojaban á la frente; pero así que calló el conde tomó una actitud firme, y continuó con acento tranquilo, fijando sobre su ardiente interlocutor una mirada compasiva.

— Hubiérais podido evitaros, señor conde, tan dolorosas sensaciones. Permitidme que os lo repita otra vez: en cuanto acabais de referir no hay nada cierto mas que vuestros pesares. Si os he escuchado en silencio hasta el fin, no es por que ninguna de esas circunstancias se haya borrado de mi memoria, sino porque antes de haceros importantes revelaciones, es necesario que recordeis vos mismo cuán violento habeis sido en vuestras sospechas, y cuán injusto en vuestro odio.

— ¡Volvemos á esas revelaciones que tantas veces se han hecho esperar! dijo el conde con desprecio: ¡volvemos á esa mentirosa justificacion que espero siempre y que no llega nunca!

— Pero esta vez, llegará, señor mio; dijo el caballero con resolucion; porque puedo presentaros pruebas...

— ¿Pruebas? ¿Queréis mofaros de la credulidad de un anciano?

— Demasiado conozco lo peligroso que seria ese juego con un anciano semejante al conde de Sibry, y así es que no os he dicho mas que la verdad pura al anunciaros que esta vez vengo á revelaros toda la verdad.

— ¡Mentira! dijo el conde, mirando con desprecio al caballero: ¿quieres probarme que no eres un infame y un miserable?

— Sí.

— ¿Que esa mujer que tanto tiempo me ha hecho tiburlear?

— Es digna de vuestro respeto.

— ¿Que esa niña que he maldecido?...

— Es heredera legítima de vuestro nombre, conde de Sibry.

— ¡No lo probarás! dijo el anciano con furor, arrojándose de nuevo sobre el sillón; ¡mientes otra vez! ¿quieres enganarme? ¡guárdate!

— Hacedme el favor de escucharme, señor conde, dijo el caballero con la serenidad que no le habia abandonado en toda la escena precedente. Cuando vine á implorar vuestra compasion en favor de Mlle Clotilde...

— ¿Qué me importa á mí esa muchacha? interrumpió impetuosamente el conde; ¿qué tiene que ver la ventura que de rodillas te pido, con esa señorita á quien apenas conozco?

— Ya lo sabéis, señor. Por ejemplo, si os probase ahora mismo que en la época en que, no sé por qué frívolo chisme, concebisteis esas lamentables sospechas, me unía á otra persona un amor secreto, y sin duda delincuente, y que á aquella misma iba dirigida la funesta carta que llegó á vuestras manos. Si os probase que en el instante mismo en que nacia Mlle Hermancia de Sibry, me nacia á mí otra hija, niña infeliz cuyo destino debia ser bien desgraciado...

— Por la milésima vez vuelvo á deciros que te desafio á que pruebes nada de eso, exclamó fuera de sí el conde.

— Ahí tenéis las pruebas, dijo el caballero, sacando del bolsillo los papeles que ya conocemos. Ved aquí lo primero la correspondencia que contiene todo el secreto de la ciega pasion que me arrastraba entonces hácia una mujer cuyo marido ocupaba lejos de ella uno de los mas altos destinos del ejército.

— Me acuerdo, en efecto, haber oido hablar vagamente.

— Esa es, prosiguió el caballero entregando al conde otros papeles, la fe de bautismo de una niña que hice inscribir en el registro civil, adoptándola inmediatamente despues, porque las leyes no me permitieron reconocerla. Comparad las fechas.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! Voy á perder el juicio.

— ¿Dónde está esa niña que debe tener la misma edad que mi hija? ¿Dónde está?

— Aquí: acabais de verla.

— ¿Cómo, pues, sería acaso?

— Sí, señor, Clotilde. Nadie en el mundo, á excepcion de vos y yo, conoce el nombre de su madre. Como mi hija no podia permanecer á mi lado, la coloqué en el mismo colegio en que se educaba Mlle de Sibry, observando las mas exquisitas precauciones, pues que por ella, por su madre y por mí mismo era preciso impedir que nadie llegase á penetrar aquel funesto secreto. Con tal fidelidad fué guardado, que desde un año á esta parte en que traje á mi hija al castillo de Sibry...

— Pero ¿por qué no me lo has confiado antes? ¿Por qué me has dejado consumir por espacio de diez y ocho años en atroces tormentos? ¡Rieul, esa es una horrible crueldad!

— No me era permitido revelároslo, aun cuando ese fuera el único medio de salvaros la vida. Juré á la triste madre no descubrir á nadie la existencia de su hija, y mientras vivió cumplí mi promesa, de la que su muerte acaba de relevarme.

Las facciones del anciano tomaron una expresion sublime de orgullo, de felicidad y de esperanza; levantó las manos al cielo, y exclamó fuera de sí:

— ¡Dios mio! ¿Con que me habeis reservado tanta alegría para el poco tiempo que aun me queda que pasar sobre la tierra? ¡Esposa! ¡hija mia! ¡implacable-

mente cruel he sido para con vosotras! Repararé mis faltas á fuerza de ternura y de amor, y os haré olvidar esos veinte años de odio, de cólera y de injusticia. ¿En dónde están? quiero arrojarlos á sus piés, quiero abrazarlas, quiero pedirles perdón.

Al mismo tiempo tiró con fuerza de la campanilla.

— Es inútil, conde, dijo el caballero; os olvidais de que vuestro ayuda de cámara está cumpliendo las órdenes que le disteis...

— Y á tí tambien, Amadeo, exclamó el conde aproximándose al caballero; tambien es preciso que me perdones. Te he desconocido, te he humillado durante ese largo ataque de furiosa demencia de que acabo de librarme. Ahora ya estoy en mi juicio, ya estoy en mi razon; perdóname y ven á abrazar á tu amigo.

Ofrecíale los brazos cordialmente; pero el caballero permanecía frio é inmóvil.

— Mucha sensacion me causa vuestro arrepentimiento, Sibry, contestó; y es para mí una dicha el haber podido restituirlos la tranquilidad y la ventura que habiais perdido; mas sin embargo, conviene no olvideis en medio de vuestro regocijo que yo tambien soy padre, y que antes de aceptar una reconciliacion franca y completa, es preciso que se me indemnice de los pesares que me han causado vuestra violencia y vuestra obstinacion.

— Tienes razon; ¿y qué es lo que quieres?

— Conde de Sibry, mientras os estoy hablando, mi hija, esa pobre niña que yo habia sacrificado á mi egoismo paternal, colocándola en una especie de servidumbre para tenerla á mi lado, mi hija va á ser vergonzosamente arrojada de esta casa por orden vuestra. Si pone un pié fuera del castillo su deshonor se ha consumado.

El conde reflexionó un poco, y continuó despues con sentimiento:

— ¡Qué exiges de mí, Rieul! muchas injusticias tengo que reparar con respecto á tí; pero acuérdate de cuán grave es la falta que ha cometido esa jóven; y despues de eso conservarla aquí...

— Sí, ya sé, conde de Sibry, que es tan difícil hacerlos ceder, como doblar la encina mas fuerte de vuestros bosques; pero yo tengo derecho á una indemnizacion de los males que he sufrido, y exijo...

— Está bien: pruébame que es inocente...

— Quiero que me concedais su perdón sin condiciones, dijo el caballero.

— No puedo, Rieul, contestó el conde con tono decidido, aunque afectuoso. Bien sabes los males que me ha causado la severidad de mis principios, y no variaré mientras exista. ¿Cómo querias que dejara al lado de mi hija, ángel puro y noble, cuyas brillantes cualidades admiraba en la época misma en que no podia amarla, á una persona manchada en su reputacion, y cuya presencia en mi casa seria vituperada por esa turba multa de envidiosos, hipócritas y malvados? Mucho lo siento, Rieul, pero acuérdate de lo que debo á Mlle de Sibry, al honor de mi hogar doméstico. El escándalo ha sido público, y ya me es imposible dejar de hacer justicia. Pídemme mi fortuna, tuya es; mas te ruego no exijas de mí semejante sacrificio.

El caballero estuvo dudoso algunos instantes, hasta que levantándose de pronto, dijo con violencia:

— ¡Dios es testigo de que hecho cuanto dependia de mí para evitaros un golpe terrible! Tambien soy padre yo, conde de Sibry, y puesto que la barra de acero no ha querido doblarse, yo la romperé.

Al oír el tono amenazador con que fueron pronunciadas aquellas palabras, el conde se cubrió de palidez, aunque no tenia una idea exacta de la nueva relacion que iba á oír.

— ¿No me habeis dicho, señor, que si probara la inocencia de mi hija revocaríais en el acto la orden que la deshonorá?

— Sí; y eso sería puramente hacer justicia.

— Será preciso, pues, que os designe á la verdadera delincuente, á la que en la noche pasada...

— Sí, sí; pero apresúrate, porque me inspiras pavor.

— No os quejeis sino á vos mismo del mal que otra vez me obligáis á haceros.

— ¿Quién es, en fin?

— Vuestra hija.

— ¡Mi hija! ¡Hermancia de Sibry! exclamó el conde fuera de sí y retrocediendo: ¡Dios mio, no me habeis sacado de un abismo sino para precipitarme al instante en otro! no, Rieul, tú te engañas: dime mas bien que no tienes sino dudas... sospechas...

— Lo que tengo es la confesion pura y sencilla de Hermancia.

— ¿Cuándo te la hizo?

— Los remordimientos la obligaron á hacerla hace un momento en mi presencia.

El conde vaciló, y despues dejándose caer sobre un sillón dijo con voz ahogada y cada vez mas débil.

— ¡Quédesse tu hija! ¡Guárdala Rieul! En cuanto á mí, al hallar la mia, vuelvo á perderla por segunda vez. Una maldicion pesa sobre mí.

Al decir estas palabras, el anciano cayó en el sillón privado de conocimiento. M. de Clermont le examinó durante algunos segundos con dolorosa piedad, porque aquel desmayo podia ser peligroso, y no viendo venir á nadie, se lanzó fuera del cuarto para llamar á Antonio, que era el único que gozaba el privilegio de servir al conde.

Al atravesar la biblioteca encontró en efecto al viejo ayuda de cámara, cuya admiracion fué extraordinaria viéndolo á M. de Clermont en aquel sitio.

— Antonio, le dijo apresuradamente, venid al ins-

tante á socorrer á vuestro amo, que bien lo necesita.

—No me cuesta mucho trabajo el creerlo, porque siempre que os vé sucede lo mismo; respondió el criado con la expresion de un profundo aborrecimiento.

—Insolente! dijo encolerizado el caballero; pero contentándose le preguntó en otro tono: ¿Habeis cumplido las órdenes de M. de Sibry con respecto á...?

A él solo tengo que dar cuenta; replicó el viejo criado con dureza y dirigiéndose hácia el gabinete.

Estrechaban demasiado las circunstancias para que el caballero insistiese mas; así es que confiando el conde al cuidado de Antonio, atravesó la larga galería de pinturas, bajó la escalera y llegó al salón en donde esperaba encontrar á la condesa.

Allí estaba en efecto madama de Sibry al lado de su hija y rodeada de casi todos los extraños que habitaban el castillo. Cuando el caballero entró, reinaba en la reunion una extraordinaria inquietud. Hermancia estaba bañada en lágrimas: la condesa tenia en la mano una carta sin abrir y dirigia acaloradas preguntas á un criado que se hallaba cerca de ella.

—¿En dónde está? ¿en dónde está? preguntó el caballero, sin tener presente cuán notable habia de parecer su alteracion en aquellos instantes. ¿Supongo que no se la habrá dejado marchar!

Todas las miradas se fijaron sobre él con admiracion.

—¿Olvidais, caballero, dijo la condesa, que ninguno de nosotros estaba autorizado para detenerla á la fuerza?

—Conque, ¿se fué?

—Sí; sola, á pié, burlando nuestra vigilancia; ni aun quiso esperar que, como habia mandado M. de Sibry, se hubiera preparado la carretela para conducir la á la ciudad.

Solo el instinto que se adquiere en las altas posiciones y la costumbre perpétua de disimular, pudieron contener una exclamacion desesperada, que hubiera hecho público su secreto. Sin embargo, apenas pudo preguntar con ahogada voz:

—¿Y se sabe á dónde ha ido?

—Lo ignoro. En su cuarto no se ha encontrado mas que esta carta dirigida á vos.

Al decirlo, la condesa le presentaba el pliego que tenia en la mano, el que el caballero abrió temblando. Dentro de la carta estaba envuelta otra dirigida al notario de Paris para que la hiciese llegar á poder del protector de Clotilde. M. de Clermont leyó rápidamente en la suya estas palabras:

«No espero á que me echen. Esta última humillacion ha colmado mis penas. A vos, que sois el único amigo que me he encontrado en el castillo de Sibry, os encargo hagais entregar la adjunta, que es para aquel pariente misterioso que hasta ahora habia parecido interesarse tanto en favor mio. No seais ni él ni vos, caballero, severos con demasia para con la pobre Clotilde.»

El caballero, cada vez mas asustado, abrió la otra carta, que, como sabemos ya, tambien le pertenecia; y sin haber leído mas que las primeras líneas, exclamó fuera de sí:

—¡Dios mio, qué será de ella! ¡algun proyecto fatal la ha inspirado la desesperacion! preciso es socorrerla.

Con todo, aun en medio de las angustias que le devoraban, tuvo bastante presencia de ánimo para observar que todos los ojos estaban fijados sobre él, y que cada una de sus palabras era recogida para servir despues de tema á los malignos comentarios de alguno de los que se hallaban presentes. Así es que, procurando disimular su turbacion y su espanto, dijo con mas serenidad para deslumbrar á los curiosos:

—Sea lo que quiera, nada me ha quedado que hacer para llenar las intenciones del señor conde; y si esa señorita se empeñó en irse á la fuerza...

—¿Entendeis qué es esto? preguntó madama Montteil en voz baja y dando un codazo al que tenia á su lado.

La condesa se mostraba compadecida al ver lo mucho que padecia el caballero.

—Ignoro, le dijo con reserva, qué especie de interés es el que os inspira el aya de mi hija; pero si deseais conocer el camino que ha tomado, os advierto que tuve la precaucion de hacerla seguir algunos instantes sin que ella lo advirtiera.

—¿Y qué camino tomó?

—El camino de Fumay, que sigue las orillas del Mosa, dijo el criado que acababa de cumplir las órdenes de la condesa; no estará ya muy lejos de la Roca-Blanca.

—¡Caballos! ¡que ensillen caballos ahora mismo! gritó el caballero sin poder contenerse.

El criado salió al instante para hacer lo que se le mandaba, y el caballero, aproximándose al capitán Ducoudray, que, tan admirado como los otros no sabia qué pensar de lo que veia, le dijo:

—Capitán, muchas veces me habeis asegurado que en cualquier ocasion podia contar con vuestro auxilio.

—Lo dije y no me desdigo, caballero; respondió el obeso capitán, poniéndose en pié.

—Necesito un hombre de honor capaz de prestarme un gran servicio. Montareis á caballo, me seguireis y de camino os explicaré...

—Soy vuestro, caballero.

Los caballos pateaban en el patio.

—¡Marchemos! ¡marchemos! dijo M. de Clermont, tirando del capitán.

—Caballero, por favor, dijo la condesa sujetándole del brazo; explicadme, pues...

—El conde de Sibry, respondió en voz baja el caballero, se creerá feliz, estoy seguro de ello, si recibe ahora mismo una visita vuestra.

—¿Qué decís? ¡Cómo! ¡mi marido! ..

—Id allá, id allá, señora, que ya es tiempo...

—¿Y yo, señor, preguntó Hermancia, aproximándose con los ojos llenos de lágrimas.

—En cuanto á vos, señorita, dijo mirándola compasivo, no os expongais á su cólera, porque al devolver á su esposa el amor antiguo ha maldecido á su hija. Todo lo sabe, señorita; pero esperad mucho en el tiempo, que hoy mismo acaba de hacer el mayor de los prodigios.

La jóven se retiró llena de consternacion al otro extremo de la sala, mientras salian de ella el caballero y el capitán, dejando llenos de asombro á los espectadores de aquella extraña escena.

Un momento despues ambos estaban á caballo y partian corriendo á rienda suelta.

—¿De qué se trata pues, caballero? preguntó Ducoudray: ¿de algun desafio acaso?

—No es imposible eso; mas por ahora lo urgente es salvar la vida de una jóven, que, si llegara á perecer, dejaria á muchas personas entregadas á eternos remordimientos.

—¿Hacia dónde vamos?

—Hacia el rio. ¡Dios quiera que llegemos á tiempo!

A una legua, poco mas ó menos, del castillo de Sibry, se eleva á orillas del Mosa una enorme roca calcárea, nombrada en el país la Roca-Blanca, á causa del triste blanquizo que la distingue de las demás piedras que comunmente se encuentran en el monte de las Ardenas, todas de color mas oscuro. Aquel picacho que se eleva como á cincuenta piés del nivel del rio, recibe continuas maldiciones de los barqueros, porque estrechando el cauce de las aguas aumenta extraordinariamente su rapidez. Llegase á la cima por una ladera suave y casi insensible, cubierta de maleza y de enebros, entre los cuales pasta el ganado de las cercanías, y allí la roca se corta á picos hácia el lado del rio, que mugebañando su pié entre una angosta y tenebrosa garganta.

Junto á esta misma roca, en un solitario vallecillo á su izquierda, se habian citado Alberto Latouche y el caballero de Clermont, y no podian escoger mejor sitio para su objeto, porque aquello era lo mas silvestre y desierto de las inmediaciones. Espesos bosques se elevaban al rededor, que aumentaban la fresca sombra producida por la roca. La única habitacion que se divisaba á muchos centenares de pasos entre los árboles, era una casita de poca elevacion, con su tejado de pizarras á estilo del país. Perdida entre el ramaje, sin el ligero humo que despedia su chimenea nada habria indicado que seres humanos habitaban aquella soledad.

Las cuatro de la tarde estaban próximas á dar, cuando aun no se presentaba ninguno de los dos adversarios. Encapotado y sombrío se mostraba el cielo. Un viento algo fresco azotaba las olas del Mosa en su estrecha madre, á cuyo sordo murmullo solia mezclarse por intervalos el grito de algun barquero en viaje ó el chasquido del látigo con que aguijaba sus caballos sobre la orilla.

Mostróse al fin un jinete sobre el horizonte de una de las colinas que rodean el valle, y sin curarse del peligro que ofrece la rápida y escarpada pendiente, lanzó su caballo al golpe por el sendero, y llegó en pocos instantes al lugar de la cita.

Aquel jinete era Alberto.

En el centro del valle se detuvo mirando á todas partes con aspecto al mismo tiempo inquieto y admirado. Saltando despues ligeramente del caballo, que dejó atado á un árbol, tomó de la grupa una caja de pistolas y dos floretes, envueltos con esmero en un pedazo de tela, y lo colocó todo en el suelo. Repetidas veces sacó el reloj, examinó la altura del sol, que se dejaba adivinar al través del oscuro velo con que el cielo estaba cubierto; prestó oído á los rumores que de vez en cuando se escuchaban, y entre tanto se paseaba desatentadamente diciendo para sí:

—¿Se están mofando de mí, no hay duda!... Ese M. de Clermont, con su perpétua flemma es muy hombre para chasquearme... Pero no, no: es preciso que me dé una satisfaccion por su insolente conducta de anoche, y sobre todo por la carta que, á no dudar, á instigacion suya me han mandado esta mañana. ¡Miserable! ¡Hacerme decir por medio del conde que no me he portado en su casa como hombre de honor, y que no vuelva á poner los piés en ella, cuando me tenia prometido facilitar el combate bajo un pretexto decoroso! ¡Cobarde!

Seguió paseándose, y despues, dando una patada en el suelo, continuó diciendo:

—¿Y Gustavo, ese maldito loco que escoge para ir á Givet el dia justamente en que lo necesitaba yo para que me sirviera de testigo! El propio que envié en pos de él no le habra alcanzado. ¿Qué hacemos ahora? No está en el órden pelear sin tener uno quien le asista; yo no conozco á nadie en este país de cafres... y si mi padre llegara á saber... ¡El diablo cargue con semejante tarambana!

Su monólogo fué repentinamente interrumpido por la vista de un especie de labrador que como á veinte pasos de él y medio oculto en el borde de la espesura observaba con curiosidad aquellas idas y venidas. Furioso Alberto, notando que espaban sus acciones, se dirigió en línea recta hácia el hombre para obligarle á que abandonase su puesto; pero no pudo menos de arrojar un grito de alegría al reconocer en el curioso á una persona de que ya se ha hablado en esta historia, cuyo encuentro en semejante ocasion fué considerado por Alberto como un encuentro feliz.

Benito Remi, porque este era el tal sugeto, habia recibido bastantes favores de Alberto, que solia protegerle contra la demasiada severidad de los dependientes de aduanas, naciendo de aquí el afecto que le profesaba,

el que la aventura de la víspera en el parque de Sibry no habia podido menos de aumentar.

—¿Aquí tú, Benito? dijo admirado; ¡pardiez, seas tan bien venido como buena obra me haces.

—Siempre dispuesto á complaceros, respondió el contrabandista, estrechando con la suya callosa la mano del jóven; pero, ¿quereis decirme qué diablos se os ha perdido por aquí? Si lo que buscáis son los encajes encargados, en casa están ya y me prometo que os han de gustar.

Diciendo así designaba con el dedo la cabaña de que hemos hablado, que no estaba situada sino á muy corta distancia.

—¿Qué dices, hombre? preguntó lleno de admiracion Alberto; ¡las cien varas de encaje de que se habló ayer!...

—No están muy lejos de aquí, contestó con una risa burlona el contrabandista; esta noche misma pasaron por delante de sus narices; porque ya veis, no podia esperar á que el buen inspector huviera tiempo para hacer doblar los puestos de la línea de aduanas. Cuando esta mañana dió las órdenes, ya el género estaba en mi chocilla al abrigo de sus garras; se la jugué de puño, ¿no es cierto?

Despues de dar libre ensanche á su gozo, el contrabandista prosiguió en tono muy serio.

—Con que, ¿veniais á buscar vuestros encajes? ¿y quién los paga?

—No se trata ahora de eso, sino de asuntos un poco mas graves, Benito, contestó Alberto algun tanto distraido.

—¡Hola! ¡con que teneis otros negocios por aquí! dijo Remi, arrojando una mirada inquisitorial por los alrededores. Efectivamente, mientras observaba vuestras idas y venidas no me parecia que vuestra cara era de pensar mucho en los encajes. Además, esos utensilios son algo raros, continuó tocando con el pié los floretes que estaban en tierra.

—Dime, ¿no has sido militar?

—Seis años, respondió Remi poniéndose grave, en tiempo de otro, y serví en el 9º de cazadores; pero desde que no se anda á crugidos ni vamos tras de los rusos y los prusianos, he tenido que reducirme á refregarme con los guardas: en eso no hay vergüenza.

—¿Asistísteis á algun combate en el regimiento?

—¡Vaya! con espada, con sable, con fusil, con pistola, con cañones, con cuanto hay.

—Pero ¿tuvistes desafios?

—Mas de uno despabilé.

—En ese caso te diré que tengo aquí una cita. ¿Quiéres servirme de testigo?

—¿Quién? ¡Yo! exclamó lleno de alegría el contrabandista, y poniéndose erguido de vanidad; ¡Serviros de testigo á vos, M. Latouche! Me haceis muchísimo honor, y con tanta mas razon, cuanto que siempre he dicho que valiais infinitamente mas que todos esos pisaverdes del castillo. ¡Hola! ¿Os habeis «trabado de palabras» con alguno de ellos? ¡Contadme eso, voto á cribras! ¡Aquí teneis un hombre!

Al mismo tiempo se aproximaba á Alberto, derramándosele de gozo, para escuchar sus confidencias; pero aquel le contestó friamente:

—¿Ves ahí en lo que no puedo complacerte, Benito! Es preciso que seas testigo del desafio, y que no sepas su causa. ¿Quiéres darme esta muestra de confianza?

—¡Sin duda, señor Alberto!... Con todo...

—¿Quiéres?... sí ó no.

—¡Corriente! sí, señor, á fe de Benito Remi.

—Pues entonces no hablemos mas del asunto, y esperemos con paciencia. Supongo que nos harán esperar demasiado.

Sentóse Alberto sobre la caja de las pistolas, y reclinó la cabeza sobre una mano, como si quisiera entregarse á sus reflexiones sin dar oído á las del contrabandista. Este fluctuaba todavia en cuanto al partido que debia tomar; pero le decidia la impetuosidad del jóven que tanto simpatizaba con su propio carácter. Así es que se puso á pasear, silbando en tono bajo y distraido, mientras examinaba con atencion las cercanías para descubrir á las personas que esperaban. Sus esfuerzos eran inútiles, porque no se veia persona alguna que racionalmente pudiera suponerse ser el adversario de Alberto, el valle estaba desierto y no escuchaba mas que el ruido del aire que una que otra vez resonaba entre los árboles del bosque. Un bulto, cuyo traje y aspecto no podia reconocer el contrabandista por la distancia, se mostraba como un punto negro y móvil sobre la pendiente de la roca, pareciendo subirla á toda prisa.

Benito se acercó á Alberto, que permanecia en la misma postura contemplativa, y como olvidado de su compañero. Tocóle suavemente en el hombro, y le dijo, bostezando:

—¡No se dan mucha bulla á venir los otros, señorito!

—¿Demasiado lo veo, pardiez!

—Si os parece, continuó el contrabandista recogiendo los floretes, y haciendo doblar el que parecia mejor templado, podriamos echar atrás el tiempo ocupándolo en algo bueno.

—No te entiendo, dijo Alberto con un gesto de impaciencia.

—Oidme; por muy fuerte que uno se crea en el «manejo del arma», no por eso se deben olvidar ciertas precauciones. Allá en aquellos tiempos, un viejo que era nuestro prevoste me enseñó una treta tan perra, que se puede ofrecer con confianza. Os la enseñaré de balde: cosa sencillísima; una falta, un quite, ya vereis...

Mientras hablaba, se ponía en posicion para explicar

á Alberto la treta, á su entender tan importante, cuando el joven, interrumpiéndole de pronto y señalando á la persona desconocida que subía la cuesta de la Roca-Blanca, ya notada por Benito, le dijo:

— ¡Oyes, Remi! ¿Ves aquello allá arriba? ¡Es cosa rara! ¿No parece una mujer?

— ¿Una mujer? contestó el contrabandista, mirando con distracción hacia donde señalaba Alberto; ¡no son malos vuestros ojos, por vida mía! Puede ser que sí. Sí, señor; una mujer es la que va encaramándose á tomar el fresco. Será alguna pichoncita del barrio; pero volviendo á lo que hablábamos...

— Es que parece verdaderamente, prosiguió Alberto sin hacer caso, que está vestida como las damas de la ciudad. ¡Mira, mira! ¿Aquello que el viento hace revolotear de derecha á izquierda no es un velo de gasa? No comprendo lo que puede ser esto!

— Yo tampoco... ¿Qué diablos había de buscar una señora en ese picacho?... Sin embargo, tenéis razón,

una señora es; pero ¿á nosotros qué nos importa?... Se le habrá antojado ir á ver correr el Mosa desde lo alto. Mejor hareis en aprovechar la ocasión de aprender la treta perra, que os aseguro...

— Déjame, Benito, dijo Alberto volviéndose hacia otro lado. Si no me engaño, allí vienen los que esperábamos.

En efecto, dos hombres á caballo se dejaron ver sobre la cresta de una colina, y la bajaban con toda la precipitación que permitían las dificultades del terreno. Bien pronto pudo conocerse que eran el caballero de Clermont y el capitán Ducoudray.

— ¿Cuál de los dos es? preguntó Benito.

— El que viene delante vestido de paisano.

— ¡Hola! el señorito del castillo, el que tiene tanto viento: ¡enhorabuena! pero hubiera preferido al capitán gordo, porque ¿me entendéis? gendarmes y contrabandistas no se tienen demasiado cariño.

— Mucho siento no haber podido escoger á tu gusto. ¿Sabes lo que me parece? añadió con viveza, que esos

caballeros, ó no nos han visto, ó no se dirigen hacia aquí.

— Verdad es: como alma que lleva el diablo van, y parece que se proponen dar un paseo sobre la Roca-Blanca. Vamos, desearán pelear en donde estén ventilados.

— Es que nos han visto y nos hacen señas; ¿observas ahora las que hace el caballero con el pañuelo? Entiendo que nos indican la roca; ¿pero qué querrán decir?

Efectivamente, el caballero les señalaba hacia aquel paraje, y sin interrumpir su carrera les dirigió algunas palabras esforzando su violencia, su voz, á pesar de lo cual no se entendía nada, por impedirlo el viento contrario. Alberto y el contrabandista se volvieron de nuevo hacia la roca, y vieron entonces distintamente el perfil de un mujer que se dibujaba en el pardo y nebuloso horizonte de la altura.

— A la señora, aquella es á quien nos señalan, dijo Benito como absorto, ¿qué demonios tienen que ver con



LAS RUINAS DE PARIS. — Aspecto interior del Granero de Abundancia.

ella? Lo que es en cuanto á eso, señor Alberto, me parece que esa señora se aventura un tanto cuanto sobre lo alto de aquella punta, y según el modo con que se inclina hacia el río...

La palidez de la muerte cubrió el rostro de Alberto y un sudor helado bañó su frente.

— ¡Dios mío, que ha sido de ella! exclamó el contrabandista.

Un cuerpo cayó al río con sordo ruido, y Alberto arrojó un grito penetrante. En el corto momento en que la desconocida se inclinó sobre el abismo, pareciendo medir con la vista su profundidad, había descubierto que era Clotilde.

Al oír el ruido de la caída, los dos compañeros, sin dirigirse una palabra, volaron hacia la orilla del río. La roca, según hemos dicho, caía á la izquierda, agua arriba del Mosa; de suerte que la corriente, en aquel sitio muy rápida, debía llevar hacia ellos el cuerpo de la infeliz joven, y sin embargo en el sitio en que se había precipitado desde la parte de la roca que dominaba el

rio, el agua permanecía lóbrega y dormida como si una olla profunda la absorbiera, haciéndola remolinear un instante para vomitarla con violencia un poco después. Cuando Alberto y el contrabandista llegaron, el agua se había cerrado cubriendo su víctima, y nada se veía sobrenadar en todo lo que alcanzaba la vista.

— Arrastrado por la desesperación Alberto iba á precipitarse en el remolino para buscar á Clotilde, cuando el contrabandista le detuvo, diciéndole en voz baja, cual si temiese ser oído: poco á poco, poco á poco, hijo mío. Aun está en la olla, y si allí vais á buscarla, allí os que dareis ambos. Tengamos un poco de paciencia que pronto va á salir, y entonces veremos lo que hacemos.

Permanecieron los dos inmóviles inclinados sobre el río, examinando en medio de horribles angustias su inmóvil y aplomada superficie: nada se dejaba ver, ni una parte de las ropas sobrenadando en el agua, ni mas movimiento que el de las olas, erizándose las unas sobre las otras á cada bocanada de aire.

En aquel instante una mano se apoyó sobre el hom-

bro de Alberto, que continuaba mudo y absorto, y una voz amenazadora pronunció junto á su oído.

— ¡Ni aun tiene valor para exponer su vida por una pobre niña que muere por su culpa!

Volvióse Alberto aceleradamente y vió al caballero de Clermont, que sin que hasta entonces lo advirtiera, se le había aproximado, y poco mas atrás al capitán que tenía del diestro á los dos caballos cubiertos de sudor y de espuma. Alberto miró á M. de Clermont con grave y altiva expresión.

— Por culpa mía muere, decís, respondió con voz firme; no necesitaba saberlo para estar resuelto á morir por ella ó con ella.

Al mismo tiempo y antes de que se hubiera podido prever su acción, desembarazándose con esfuerzo vigoroso de los brazos del contrabandista, se arrojó al río y nadó hacia el remolino, en el que había desaparecido Clotilde.

(Se continuará.)